

NICOLÁS MAQUIAVELO
AL MAGNÍFICO LORENZO DE MÉDICIS¹

Quienes desean ganarse el favor de un príncipe, suelen las más de las veces salirle al paso con cuanto le es más caro o ven que le place más. De ahí que se vea con frecuencia cómo le son presentados caballos, armas, paños recamados en oro, piedras preciosas y adornos semejantes dignos de su grandeza. Y descando también yo ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi obligación hacia ella, no he hallado entre mis enseres nada que me sea más querido o aprecie tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos; que, tras haberlos examinado y meditado considerada y largamente, y resumidos ahora en un breve volumen, ofrezco a Vuestra Magnificencia.

Y si bien juzgo esta obra indigna de llegar a Vos, confío no obstante que por humanidad habréis de acogerla, considerando que ningún don mayor quepa esperarse de mí que ponerle en disposición de aprender en muy breve tiempo cuanto yo, luego de tantos años y penalidades, he llegado a conocer. Obra esta que no he adornado ni recargado con amplios períodos o frases ampulosas y grandilocuentes, ni con ninguna otra pomposidad u ornato superfluo con los que tantos suelen describir y exornar sus metas; pues ha sido mi intención o que por nada se distinga o que sólo atraiga por la variedad de la materia o la importancia del asunto. Ni es mi deseo que se considere presunción el que un hombre de baja e íntima condición se atreva a cavilar y reglar el gobierno de los príncipes; porque al igual que quienes dibujan el paisaje se sitúan en la llanura para calibrar la naturaleza de los montes y de los lugares elevados, y sobre los montes para calibrar

¹ *Nicolaus Maclavellus/ad Magnificum Laurentium Medicem*

la del llano, del mismo modo es menester ser príncipe para conocer a fondo la naturaleza de los pueblos, pero ser del pueblo para conocer a fondo la de los príncipes.

Acepte pues Vuestra Magnificencia este pequeño regalo con el mismo ánimo que yo se lo envió; de tenerlo en cuenta y leerlo con atención, percibirá el profundo deseo que me embarga: que alcancéis esa grandeza que la fortuna y vuestras demás cualidades prometen. Y si, desde el ápice de su altura, lanzara alguna vez Vuestra Magnificencia una mirada hacia parajes tan bajos, sabrá entonces cuán indignamente sufro la larga e incesante malignidad de la fortuna.

CAPÍTULO I

De cuántos son los tipos de principados y de qué formas se adquieren²

Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando el linaje de su señor haya sido por largo tiempo dominante, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán para Francesco Sforza,³ o son como miembros añadidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles para el rey de España.⁴ Y los dominios así adquiridos, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe, o habituados a ser libres; y se adquieren o con las armas de otro o con las propias, por medio de la fortuna o de la virtud.

² *De principatibus. Quot sint genera principatum et quibus modis acquirantur*

³ Francesco Sforza (1401-1466). Se adueñó del poder luego de abatir la República Ambrosiana (1450), que se había constituido en Milán tras la muerte de Filippo María Visconti.

⁴ Fernando el Católico (1452-1516).

CAPÍTULO II

*De los principados hereditarios*⁵

Pasaré por alto tratar de las repúblicas, pues ya en otra ocasión lo hice por extenso.⁶ Me centraré únicamente en los principados, para tejer la urdimbre antedicha y discurrir acerca de cómo tales principados se puedan gobernar y conservar.

Así pues, afirmo que en los Estados hereditarios y hechos al linaje de su príncipe, las dificultades para conservarlos son bastante menores que en los nuevos, pues basta con no abolir el orden de sus antepasados y además con adaptarse a las circunstancias, de modo que si dicho príncipe posee una habilidad normal preservará siempre su Estado, a no ser que una fuerza extraordinaria y excesiva se lo arrebate; y aun así, al menor infortunio del ocupante lo recuperará.

Tenemos en Italia como ejemplo al duque de Ferrara, que no resistió los ataques de los venecianos en 1484, o los del papa Julio en 1510,⁷ por más razón que la antigüedad de su linaje. Pues el príncipe natural tiene menos motivos y menor necesidad de causar daño, lo que le hace ser más amado; y si vicios extraordinarios no le granjean odio, razonable será la natural benevolencia de los suyos. Y es que en la antigüedad y continuidad de la dominación se extinguen los recuerdos y motivos de las innovaciones, ya que toda mutación deja el terreno preparado para la construcción de otra.

⁵ *De principatibus hereditariis*

⁶ En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en el presente volumen.

⁷ Referencia a Ercole d'Este, que estipuló un acuerdo con los venecianos en Bagnolo en 1484, y a Alfonso d'Este, quien en 1510 fue desposeído del poder durante un breve lapso de tiempo por Julio II.

CAPÍTULO III

*De los principados mixtos*⁸

Las dificultades se dan, en cambio, en el principado nuevo. Y si no es del todo nuevo, sino una especie de miembro de otro, pudiéndose el conjunto casi llamar principado mixto, los cambios derivan, en principio, de una dificultad natural, presente en todos los principados nuevos, a saber: que los hombres cambian de buen grado de señor con la esperanza de mejorar, lo que les hace tomar las armas contra él; mas se engañan, al constatar luego por experiencia su emporamiento. Eso depende de otra necesidad natural y común, la de que es menester siempre causar daño a aquellos de los que se termina siendo príncipe nuevo, sea mediante la tropa o con la infinitud de agravios que la nueva adquisición lleva consigo. De este modo, tienes por enemigos a cuantos has agraviado al ocupar dicho principado, y no puedes conservar el favor de quienes te facilitaron la entrada, dado que ni estás en grado de dar satisfacción a cuanto habían imaginado ni está en tu poder emplear en su contra medicinas fuertes, al haber contraído obligaciones con ellos; y es que, por fuerte que sea uno al frente de su ejército, siempre requiere del apoyo de los naturales del lugar para introducirse en él. Por razones así, Luis XII de Francia ocupó Milán en un suspiro y en un suspiro lo perdió; bastaron para arrebatárselo la primera vez las propias fuerzas de Ludovico,⁹ pues los mismos que le habían abierto las puertas, desengañados de su error y del futuro bien supuesto, no podían soportar la carga del nuevo príncipe.

Es, sí, cierto que al conquistar una segunda vez los lugares rebelados se pierden más difícilmente, pues el señor, escudándose

⁸ *De principatibus mixtis*

⁹ Ludovico Sforza, apodado el Moro (1452-1508).

en la rebelión, guarda menor compostura para afirmarse, y castiga a los delincuentes, descubre a los sospechosos, asegura los puntos más débiles. Y así, si la primera vez bastó para hacer perder Milán a Francia con un duque Ludovico acosando en las fronteras, para hacérselo perder la segunda fue menester tener a todos en contra y la derrota o la puesta en fuga de sus ejércitos de Italia, lo que se debió a las razones mencionadas. En cualquier caso, una y otra vez perdió Milán. Ya se han argüido las razones de la primera pérdida; quedan ahora por decir las de la segunda, y ver de qué remedios disponía Luis XII y con cuáles puede contar alguien en su situación a fin de preservar lo adquirido mejor de lo que lo hizo Francia.

Afirmo, por tanto, que los Estados que, conquistados, se añaden al ya poseído por quien los conquista, o son del mismo ámbito geográfico y tienen idéntica lengua, o no. Si lo son, resulta sumamente fácil conservarlos, máxime si no están habituados a vivir libres; para poseerlos con seguridad basta con haber extinguido la estirpe del príncipe dominante, pues en lo demás, preservando sus antiguas condiciones de vida y no habiendo disparidad de costumbres, los hombres se mantienen en calma. Eso ha sucedido en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, ligadas a Francia durante tanto tiempo, y si bien existen algunas diferencias de lengua, las costumbres son sin embargo similares, siendo fácil el recíproco acomodo. Quien los adquiera, si desea conservarlos, debe poner en práctica dos máximas: una, extinguir la estirpe del antiguo príncipe; la otra, no modificar ni sus leyes ni sus tributos. De ese modo, en muy poco tiempo, el reciente y el antiguo principado pasan a formar un único cuerpo.

Es al adquirir Estados en un territorio diverso por su lengua, sus costumbres y sus instituciones, cuando surgen las contrariedades, y cuando se requiere de gran fortuna y gran habilidad para conservarlos. Uno de los mejores y más sólidos remedios es que la persona que los adquiere traslade allí su residencia, cosa que volvería más segura y perdurable la posesión. Eso ha hecho el Turco respecto de Grecia, que pese a cumplir en lo demás con lo dispuesto para conservar dicho Estado, nunca lo hubiera logrado de no haberse trasladado hasta allí. Desde el lugar se ven nacer los desórdenes, y con celeridad se les puede poner remedio; desde lejos, se tiene noticia cuando son grandes, y ya no tienen remedio. Además, el territorio no sufrirá pillaje por parte de tus subordinados, y a los súbditos complace el expedito acceso al príncipe. De ahí que tengan más motivo para amarlo si quieren ser

buenos, o para temerlo si quieren ser de otra manera. Un extranjero con deseos de conquistar ese Estado probaría ahora más respeto. En suma, que residiendo en él un príncipe, difícilmente lo perderá.

El otro remedio mejor consiste en establecer colonias en uno o dos lugares, que hagan como de grilletes de cada Estado; o eso, o por fuerza ocuparlo militarmente. Las colonias no salen caras, y sin gasto, o apenas, se las envía y mantiene; además, tan sólo se injuria a la exigua minoría a la que se le expropian los campos y las casas que se entregan a los nuevos habitantes; y esos injuriados, quedando dispersos y empobrecidos, nunca lo pueden perjudicar. Todos los otros permanecen, de un lado, sin injuriar, lo que los debería mantener en calma, y de otro temerosos de equivocarse, por miedo a que les suceda lo que a los ya expoliados. En conclusión: estas colonias no cuestan, son más fieles e injurian menos, y los injuriados, como se ha dicho, no pueden perjudicar al estar empobrecidos y dispersos. De lo que cabe advertir que a los hombres o se les mima o se les aniquila, pues se vengan de las injurias leves, ya que de las graves no pueden; o sea, que la afrenta hecha a un hombre ha de ser tal que no quepa temor a su venganza.

Si en lugar de colonias se opta por la ocupación militar, ésta será mucho más costosa, pues la vigilancia de un Estado consumirá todos los ingresos procedentes del mismo, al punto que la adquisición se torna pérdida; también la afrenta es mayor, pues se perjudica a todo el Estado con los cambios de alojamiento del ejército, que a todos llena de malestar y del que cada uno se convierte en enemigo: un enemigo que le puede perjudicar, al permanecer derrotados en su territorio. Se mire por donde se mire, inútil es, pues, la ocupación, como útiles son las colonias.

Así mismo, quien se halle en un territorio tal debe, como se ha dicho, convertirse en jefe y protector de los naturales menos poderosos, y arreglárselas para debilitar a los poderosos del mismo, además de prevenir la menor contingencia que haga factible la entrada en el reino de un extranjero tan poderoso como él. Y es que siempre habrá quien, descontento por su mucha ambición o por miedo, lo llame en su ayuda, tal y como los etolios hicieron con los romanos en Grecia;¹⁰

¹⁰ A decir verdad, los romanos no fueron llamados por los etolios, aunque sí intervinieron contra Filipo V de Macedonia y sus aliados aqueos, ya que habían favorecido a Aníbal. Derrotados Filipo y la Liga Aquea (197 a.C.), los romanos se deshicieron de los etolios y de Antíoco unos años después, en 189 a.C.

o como ocurrió en los demás lugares, donde entraron siempre tras la llamada de sus habitantes. En efecto, es el orden de las cosas que tan pronto como un extranjero poderoso hace su entrada en un país, todos los que en él tienen menos poder se le adhieran, envidiosos como están de quien, más poderoso, ha estado por encima de ellos; al punto que, respecto de los menos poderosos, aquél no tendrá que esforzarse en absoluto para ganárselos, pues de inmediato forman una piña con el Estado recién obtenido. Su sola preocupación ha de ser evitar que adquieran fuerzas o poder en demasía; así, con sus fuerzas propias y el favor de aquéllos podrá con facilidad reducir a los poderosos y permanecer en todo árbitro de dicho país. Quien no sepa administrarse con soltura en este aspecto, pronto perderá cuanto haya obtenido, y en tanto lo preserve habrá de afrontar una infinitud de problemas e inconvenientes.

Los romanos supieron observar esos puntos en los dominios que tomaron: establecieron colonias, se atrajeron a los menos poderosos sin acrecentar su poder, redujeron a los poderosos e impidieron que todo extranjero poderoso ganara reputación. Quiero que baste con el caso de Grecia como ejemplo. Apoyaron a etolios y aqueos; redujeron el reino de Macedonia, de donde expulsaron a Antíoco; los méritos de etolios y aqueos nunca los llevaron a consentir un aumento en sus dominios; las lisonjas de Filipo jamás los indujeron a granjearse su amistad sin degradarlo, como tampoco el poderío de Antíoco los llevó a consentirle dominio alguno sobre dicho territorio. Los romanos, en efecto, hicieron en esos casos lo que todo príncipe sabio debe hacer: prestar atención no sólo a los desórdenes presentes, sino también a los futuros, recurriendo a toda su habilidad para evitarlos. Y es que, cuando se los prevé a tiempo, el remedio es fácil, pero si se espera a que se te echen encima, la medicina no servirá, porque el mal se habrá vuelto incurable. Sucede aquí como dicen los médicos del enfermo de tisis, que en los inicios su mal es fácil de curar y difícil de conocer, mas con el pasar del tiempo, al no haber sido ni conocido ni medicado, se vuelve fácil de conocer y difícil de curar. Eso mismo ocurre en los asuntos de Estado: conocidos con antelación, lo que sólo es dado a alguien prudente, los males que en él surgen pronto sanan; pero cuando, por desconocimiento, se les deja crecer al punto de hacerse evidentes para todos, ya no cabe ningún remedio.

Por eso los romanos, viendo venir de lejos las dificultades, les pusieron siempre remedio, y jamás las dejaron proseguir para rehuir una guerra, sabiendo que la guerra no se evita, sino que se difiere

para ventaja de los demás; así, hicieron la guerra contra Filipo y Antíoco en Grecia para no tener que hacerla contra ellos en Italia; y podían entonces eludir una y otra, mas no quisieron. Tampoco fue nunca de su gusto eso que a diario está en boca de los sabios de nuestra época, el beneficiarse del paso del tiempo, y sí, en cambio, el conducirse según su virtud y prudencia: es que el tiempo todo lo arrastra consigo, y puede comportar bien y mal, o mal y bien.

Pero volvamos a Francia, y examinemos si hizo alguna de las cosas dichas; hablaré de Luis, no de Carlos,¹¹ pues al haber sido más duradero su dominio en Italia, más fácilmente visible es su traza. Observaréis cómo hizo lo contrario de lo que se debe hacer para preservar un Estado diverso.

El rey Luis hizo su entrada en Italia por la ambición de los venecianos, que deseaban así apoderarse de la mitad de Lombardía; no es mi intención censurar la opción tomada por el rey, pues, estando deseoso de poner un pie en Italia, y careciendo allí de amigos, o mejor, estándole cerradas todas las puertas luego del comportamiento del rey Carlos, se vio obligado a aceptar las ayudas que le salían, y se habría revelado una opción afortunada si en lo demás no hubiese cometido error alguno. Conquistada, pues, la Lombardía, recuperó de inmediato el rey la reputación que Carlos le quitara; Génova capituló, los florentinos se hicieron aliados suyos, el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forlì, los señores de Faenza, de Pésaro, de Rímíni, de Camerino, de Piombino, Lucca, Pisa, Siena, todos le salieron al encuentro buscando su alianza. Y así acabaron percatándose los venecianos de la temeridad de su decisión, pues para obtener dos lotes de tierra en Lombardía hicieron al rey señor de dos tercios de Italia.

Considere ahora cualquiera con qué poca dificultad podía el rey preservar su reputación en Italia si hubiera observado las reglas antedichas y brindado protección y defensa a todos esos aliados suyos, los cuales —numerosos, débiles y atemorizados, unos por la Iglesia y otros por los venecianos— tenían necesidad imperiosa de estar de su lado; gracias a ellos, además, podía estar seguro frente a quien era todavía poderoso. Pero él, llegado apenas a Milán, hizo lo contrario, ayudando al papa Alejandro¹² a que ocupase Romaña. No se percató de haber tomado una decisión que a él lo volvía débil, al privarse de los

¹¹ Luis XII y Carlos VIII.

¹² Alejandro VI Borgia.

aliados y de cuantos se habían arrojado en sus brazos, y a la Iglesia, grande, pues añadía al poder espiritual, que tanta autoridad le confería, otro tanto poder temporal. Y cometido un primer error, se vio forzado a proseguir, pues para poner fin a la ambición de Alejandro, e impedir que se convirtiese en dueño de Toscana, se vio forzado a venir a Italia. No siendo bastante engrandecer a la Iglesia y perder a los aliados, por desear el reino de Nápoles lo compartió con el rey de España; donde antaño era árbitro de Italia introdujo a un igual, para que tuviesen a quién acudir los ambiciosos del reino y los descontentos con su persona; y cuando podía haber dejado en dicho reino a un rey tributario suyo, lo depuso para poner en su lugar a uno en grado de echarle a él.

Es desde luego cosa harto natural y ordinaria el deseo de adquirir; y serán siempre alabados, sin reproche, los hombres que pudiendo lo realicen; mas si no pueden, y aun así quieren realizarlo a cualquier costo, tenemos aquí el error y el reproche. Por lo tanto, si Francia podía con sus solas fuerzas tomar Nápoles, debía hacerlo; si no podía, no debía dividirlo. Y si compartir Lombardía con los venecianos tenía excusa, pues gracias a eso puso pie en Italia, ésta merece reproche, pues no cabe la excusa de tal necesidad.

Así pues, Luis había cometido estos cinco errores: reducido a los menores de entre los poderosos; aumentado en Italia la potencia de un poderoso; traído a ella, a un extranjero poderosísimo; no venido a vivir aquí, y no establecido colonias. Errores esos, empero, que de seguir vivo quizá no le habrían perjudicado de no haber cometido un sexto: privar de sus dominios a los venecianos. Pues si no hubiese aumentado el poder de la Iglesia, ni traído a los españoles a Italia, menoscabarlos sería de lo más razonable y necesario. Pero con aquellas decisiones ya tomadas, de ningún modo debió consentir su ruina, pues siendo aquéllos poderosos siempre habrían disuadido a otros de acometer la empresa de Lombardía, sea porque los venecianos no lo habrían consentido sin convertirse en señores suyos, sea porque los otros no habrían querido quitársela a Francia para dársela a ellos, y de enfrentarse a ambos no habrían tenido ánimo. Y si alguien dijera que el rey Luis cedió a Alejandro Romaña y a España el reino de Nápoles para eludir la guerra, le respondo con las razones antedichas: que jamás se debe dejar que prosiga un conflicto para eludir una guerra, puesto que no se la clude, sino que se la difiere en perjuicio propio. Y si otros adujeran la promesa hecha al papa de conquistar para él Romaña a cambio de la disolución de su matrimonio y del

capelo cardenalicio para el obispo de Ruán, respondo con lo que diré después acerca de la promesa de los príncipes y de cómo se la deba observar.¹³

Así pues, el rey Luis perdió Lombardía por no haber observado ninguna de las reglas observadas por otros que conquistaron dominios y deseaban mantenerlos. Y nada milagroso hay en ello, sino todo ordinario y razonable. Sobre ese asunto hablé en Nantes con el cardenal de Ruán¹⁴ cuando Valentino —así se conocía popularmente a César Borgia, hijo del papa Alejandro— iba ocupando Romaña, y como me dijera que los italianos no entendían de la guerra, yo le respondí que los franceses no entendían de política, pues de lo contrario no permitirían que la Iglesia aumentara su poder; y que la experiencia ha mostrado que, en Italia, su poder, como el de España, fue causado por Francia, y la ruina de ésta causada por aquéllas. De lo cual se recaba una regla general que nunca, o raramente, falla: quien es causa de que otro se vuelva poderoso, se hunde; y es que tal poderío aquél lo ha originado gracias a su habilidad o su fuerza, y ambas despiertan sospechas al nuevo poderoso.

¹³ En el capítulo xviii.

¹⁴ Durante su primera legación en Francia (1500).

CAPÍTULO IV

*Por qué razón el reino de Darío, que Alejandro ocupara,
a su muerte no se rebeló contra sus sucesores*¹⁵

Consideradas las dificultades que conlleva mantener un Estado recién adquirido, podría alguien sorprenderse de por qué Alejandro se convirtió en señor de Asia en unos años, muriendo al poco de ocuparla; lo razonable, parece, era que el reino todo se rebelase; empero, los sucesores de Alejandro lo mantuvieron, y sin más dificultades que las nacidas en su propio seno debidas a su ambición.

Respondo que los principados de los que tenemos memoria están gobernados de dos modos diversos: o por un príncipe flanqueado por siervos que, en cuanto ministros por gracia y concesión suya, ayudan en el gobierno del reino; o por un príncipe y por nobles que, no por la gracia del señor sino por la antigüedad de su linaje, ostentan dicho rango. Tales nobles poseen territorios y súbditos propios, que les reconocen por señores y de cuya natural afeción gozan.

En los Estados que se gobiernan por medio de un príncipe y de siervos, la autoridad del príncipe es mayor, porque en todo el territorio nadie reconoce a otro superior que a él; y si obedecen a cualquier otro, lo hacen en cuanto ministro y servidor suyo, sin que medie además el menor afecto.

Ejemplos actuales de esa diversidad en el gobernar son el Turco y el rey de Francia. La monarquía turca está toda ella en manos de un único señor, siendo los demás sus siervos. Divide su reino en sanjacados,¹⁶ envía allí diversos administradores, y los cambia y sustituye como le parece. En cambio, el rey de Francia está situado en medio de una multitud de señores de raigambre, reconocidos en el

¹⁵ *Cur Darii regnum, quod Alexander occupaverat, a successoribus suis post Alesandri mortem non defecit*

¹⁶ División administrativa del Imperio otomano.

reino por sus súbditos y amados por ellos, y gozando de privilegios hereditarios que el rey no les puede sustraer sin peligro para sí.

Así, quien medite sobre uno y otro Estados, hallará difícil de conquistar el Estado turco, pero, lograda la victoria, fácil de conservar. Las razones de las dificultades de ocupar el reino del Turco radican en no poder ser llamado por príncipes del mismo, ni esperar que la rebelión de quienes le rodean pueda facilitar su empresa, lo que surge de las razones antevistas. Y es que, al ser todos esclavos suyos y estarle obligados, se corrompen con mayor dificultad; y aunque lo hicieran, escaso beneficio se recabará de ello, ya que, por las razones señaladas, serán pocos quienes les sigan. De ahí que, quien ataque al Turco, ha de hacerse a la idea de que necesariamente encontrará un frente unido, y de que le conviene esperar más de sus fuerzas propias que de los desórdenes promovidos por otros. Pero una vez vencido y derrotado en batalla campal de modo que no pueda recomponer un ejército, sólo su linaje puede inspirar alguna duda, por lo que, extinguido, se disipa todo temor, al carecer los demás de prestigio ante el pueblo. Tal y como, antes de la victoria, el vencedor nada podía esperar de ellos, ahora, tras la misma, nada debe temer de ellos.

Lo contrario sucede en los reinos gobernados como el de Francia; en ellos puedes entrar con facilidad ganándote a algún noble, ya que descontentos y proclives a las innovaciones siempre los hay. Éstos, por las razones expuestas, pueden despejarte el camino hacia ese Estado y facilitarte la victoria; la cual, si desearas conservarlo, te acarrearía un sinfín de dificultades, tanto con los que estuvieron de tu lado como con los que sometiste. Tampoco te bastará con extinguir el linaje del príncipe, pues siempre seguirán ahí los señores, en grado de encabezar nuevas rebeliones, y no siéndote posible ni contentarlos ni exterminarlos, acabas perdiendo dicho Estado a la menor ocasión.

Ahora bien, si consideráis a qué tipo de gobierno pertenecía el de Darío,¹⁷ lo hallaréis similar al reino del Turco; por eso Alejandro tuvo por fuerza que chocar con él frontalmente e impedirle luchar en campo abierto. Pero tras la victoria, con Darío muerto, pudo Alejandro mantener tal Estado con seguridad, por las razones antedichas. Y de haber permanecido unidos sus sucesores, habrían gozado de él tranquilamente, pues en aquel reino no surgieron más tumultos que los provocados por ellos mismos.

¹⁷ Darío III, rey de Persia (337-330 a.C.).

En cambio, es imposible preservar con similar calma los Estados ordenados al modo francés; las frecuentes rebeliones en España, Francia y Grecia contra los romanos se debieron precisamente a los numerosos principados existentes en sus territorios; de hecho, mientras perduró su memoria, fue siempre incierto el dominio de los romanos sobre ellos. Mas, extinguida su memoria con la potencia y el prolongarse de su gobierno, la posesión de los mismos se volvió segura. E incluso, más tarde, al enfrentarse entre sí, pudo cada bando atraerse a una parte de aquellos dominios, según la autoridad adquirida en ellos; y es que, extinguido el linaje de sus antiguos señores, únicamente reconocían a los romanos.

Así pues, considerado todo esto, nadie se sorprenderá de la facilidad con la que Alejandro mantuvo el dominio de Asia, ni de las dificultades padecidas por otros para conservar lo conquistado, como Pirro¹⁸ y otros. Cosa que no se debe a la mucha o poca virtud del vencedor, sino a lo diverso del objeto.

¹⁸ Rey de Epiro, finalmente derrotado por los romanos en Benevento (275 a.C.) luego de haberse adueñado por un tiempo de territorios de Italia meridional y de Sicilia.

CAPÍTULO V

Cómo deben gobernarse las ciudades o los principados que antes de ser conquistados vivían de acuerdo con sus propias leyes¹⁹

Cuando, según se ha dicho, los Estados ocupados están habituados a vivir de acuerdo con sus leyes y en libertad, si se les quiere conservar se dispone de tres modos: uno, desbaratarlos; otro, ir a vivir allí en persona; en tercer lugar, dejarlos vivir según sus leyes, gravándolos con una renta y creando en su interior una oligarquía que los vincule a tu suerte. Pues al haber sido creado tal gobierno por el príncipe, sabe que no podría subsistir sin su amistad y potencia, por lo que hará de todo por tenerlo de su lado. Y más fácilmente se mantiene una ciudad habituada a vivir libremente por medio de sus ciudadanos que de cualquier otro modo, de desear preservarla.

Valga el ejemplo de espartanos y romanos. Aquéllos retuvieron Atenas y Tebas estableciendo una oligarquía en su interior, si bien acabarían perdiéndolas. Los romanos, a fin de conservar Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron, y no las perdieron. Descaron mantener Grecia a la manera espartana, dejándole su libertad y sus leyes, mas sin lograrlo, al punto de verse forzados a desbaratar muchas ciudades de dicha provincia para mantenerla.

Y es que, verdaderamente, no hay modo seguro de poseerlas aparte de su destrucción. Quien se convierta en señor de una ciudad habituada a vivir libre y no la aniquile, que espere ser aniquilado por ella, pues siempre le serán de refugio al rebelarse el nombre de la libertad y sus antiguas instituciones, cosas ambas que ni el transcurrir del tiempo ni los beneficios deparados jamás hacen olvidar. Por mucho que se haga o prevea, si no se disgrega o dispersa a sus habitantes no olvidarán aquel nombre ni aquellas instituciones, recurriendo de

¹⁹ *Quomodo administrandae sunt civitates vel principatus qui antequam occuparentur suis legibus vivebant*

inmediato a ellos a la menor ocasión. Eso hizo Pisa²⁰ luego de estar sujeta por cien años a los florentinos.

En cambio, cuando las ciudades o las regiones están habituadas a vivir bajo un príncipe, y el linaje del mismo ha quedado extinguido, al estar de un lado sus habitantes acostumbrados a obedecer, y faltales de otro el antiguo príncipe, no se ponen de acuerdo en nombrar a uno de entre ellos, y vivir libres no saben; al punto que son más reacios a empuñar las armas, y más fácilmente puede un príncipe ponerlos de su parte y asegurarse frente a ellos. En las repúblicas, por el contrario, hay más vida, más odio, mayor es el deseo de venganza; ni les deja, ni cabe que les deje reposar la memoria de la antigua libertad, por lo que el solo camino seguro es extinguirlas o ir a vivir allí.

²⁰ La rebelión de Pisa tuvo lugar en 1494.

CAPÍTULO VI

De los principados nuevos que se adquieren mediante las propias armas y por virtud²¹

Que nadie se llene de estupor si yo, al hablar ahora de principados nuevos del todo por lo que hace a su príncipe y a su ordenamiento, aduzco ejemplos notabilísimos; en efecto, caminando por lo general los hombres por caminos abiertos por otros, e imitando con sus acciones las ajenas, al no poder recorrer enteramente los caminos de otros ni alcanzar la virtud de quienes imitan, debe el hombre prudente seguir siempre las vías recorridas por los grandes hombres e imitar a los excepcionales, a fin de que, aun si no se llega a su virtud, un cierto aroma suyo al menos sí desprenda. Hacer, pues, como los arqueros prudentes, los cuales —considerando lejano en exceso el lugar donde golpear y buenos conocedores del alcance de la virtud de su arco— apuntan mucho más alto del blanco elegido, no para alcanzar con la flecha altura semejante, sino para con la ayuda de tan alta mira lograr sus designios.

Afirmo, por tanto, que en los principados por completo nuevos, siendo nuevo también el príncipe, las dificultades para conservarlos dependen de que sea más o menos virtuoso aquel que los adquiere. Y como ese hecho de convertirse de particular en príncipe presupone virtud o fortuna, parece que la una o la otra mitigan parte de las muchas dificultades; con todo, aquel que menos se haya apoyado en la fortuna se ha mantenido más. También lo facilita el que el príncipe, obligado por no poseer más Estados, vaya a vivir allí personalmente.

Pasando a tratar ahora de quienes se convirtieron en príncipes más por virtud propia que por fortuna, afirmo que Moisés, Ciro, Rómulo, Tesco y semejantes son los más sobresalientes. Y si bien sobre Moisés no se deba razonar en cuanto fue mero ejecutor de las órdenes

²¹ *De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur*

transmitidas por Dios, el solo hecho de poseer esa gracia que le hacía digno de hablar con Dios convierte también en deber admirarlo.

Consideremos no obstante a Ciro y a los demás fundadores de reinos: a todos los hallaremos susceptibles de admiración; y de examinarse las acciones e instituciones de cada uno en particular, aparecerán semejantes a las de Moisés, quien tuvo tan alto preceptor. Al escrutar sus vidas y sus acciones no se percibe que obtuvieran otra cosa de la fortuna que la ocasión, la cual les proporcionó la materia en la que introducir la forma que les pareció. Sin dicha ocasión se habría perdido la virtud de su ánimo, y sin dicha virtud, la ocasión se habría dado en vano. Así pues, necesario le era a Moisés hallar en Egipto al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios, de modo que, para sacudirse la esclavitud, estuviese dispuesto a seguirlo. Era menester que para Rómulo no hubiera lugar en Alba, que fuese un expósito, si se quería que llegase a ser rey de Roma y fundador de tal patria. Era preciso que Ciro encontrase a los persas descontentos con el poder de los medos, y a éstos pusilánimes y afeminados por la prolongada paz. No era posible a Tesco demostrar su virtud de no hallar a los atenienses dispersos. Tales ocasiones llevaron la alegría a esos hombres, y la excelencia de su virtud les permitió reconocerla como ocasión. Cada patria, así, resultó ennoblecida y se llenó de prosperidad.

Quienes, semejantes a ellos, por caminos virtuosos se convierten en príncipes, adquieren el principado con dificultades, mas lo conservan fácilmente; dificultades esas que promanan, en parte, de la novedad de instituciones y procedimientos que se ven obligados a establecer para fundamentar su propio poder y su seguridad. Y debe así considerarse que nada hay más difícil de tratar, ni más incierto de conseguir, ni más peligroso de afrontar, que aprestarse a establecer nuevas instituciones. Porque el fundador tiene por enemigos a cuantos se beneficiaban del orden antiguo, y reticentes defensores en todos los potenciales beneficiarios del nuevo: reticencia que surge, en parte, del temor a los adversarios, que cuentan con el favor de las leyes; y en parte, de la incredulidad de los hombres, sólo dados a creer realmente en lo nuevo cuando lo ha confirmado una firme experiencia. Por eso, en toda ocasión propicia al ataque, los enemigos se lanzan a ello con vehemencia, en tanto los otros se muestran remisos en su defensa, de modo que se corre peligro en su compañía.

Así pues, es necesario, queriendo discurrir acertadamente al respecto, examinar si aquellos innovadores se valen por sí mismos o si dependen de otros, vale decir, si para llevar adelante su obra se ven

necesitados de la oración o si pueden imponerse por la fuerza. En el primer caso, el fracaso es seguro, y nada sacan adelante; mas cuando dependen de sí mismos y pueden imponer su fuerza, sólo raramente corren peligro. De ahí que todos los profetas armados triunfen, y los desarmados se hundan. Pues, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es mutable, resultando fácil persuadirlos de algo, pero difícil mantenerlos persuadidos de lo mismo. Por eso es conveniente estar dispuesto de modo que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza.

Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar por tan largo tiempo sus ordenamientos de haber estado desarmados, tal como en nuestros días acaeció a Savonarola;²² éste, en efecto, se hundió junto con sus instituciones en cuanto la multitud le retiró su confianza, careciendo de todo medio con el que retener a quienes se la profesaron o de atraerse la fe de los incrédulos. Tales hombres, ciertamente, se mueven entre obstáculos difíciles y hallan su camino erizado de peligros, que han de superar con su virtud; mas, superados al fin, y habiéndoseles empezado a venerar, una vez que eliminan a quienes sienten envidia de sus atributos perduran poderosos, seguros, honrados y felices.

A tan grandes ejemplos deseo añadir otro menor, aunque en cierto modo parangonable a ellos, y que deseo me baste para los demás casos análogos. Se trata de Hierón de Siracusa,²³ un simple particular que terminó siendo príncipe de su ciudad. Tampoco conoció de la fortuna más que la ocasión: padeciendo opresión los siracusanos, lo eligieron su capitán, cargo desde el que mereció convenirse en su príncipe. Y fue tal su virtud, incluso en sus asuntos privados, que quien escribió sobre ella dijo: *quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*.²⁴ Eliminó la antigua milicia, estableció otra nueva; abandonó antiguas alianzas, hizo nuevas; y cuando dispuso de alianzas y soldados suyos, pudo sobre tales cimientos elevar cualquier edificio, al punto que lo que le costó gran esfuerzo conseguir, con poco lo pudo mantener.

²² El famoso predicador dominico, gran protagonista de la República Florentina, que murió en la hoguera en plena Piazza della Signoria (23 de mayo de 1498).

²³ Hierón II, tirano de Siracusa (ca. 306-215 a.C.).

²⁴ «Que para reinar, nada le faltaba salvo el reino.» (Justino, xxiii, 4.)

CAPÍTULO VII

De los principados nuevos adquiridos por medio de las armas y de la fortuna ajenas²⁵

Quienes sólo mediante la fortuna de simples particulares llegan a ser príncipes, sin apenas esfuerzo llegan, pero con mucho se mantienen; no hallan obstáculo en el camino, pues pasan en volandas, mas una vez establecidos se les llena de ellos. Así están aquellos a los que o por dinero o por gracia del donante se otorga un Estado; es lo que a muchos sucedió en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, a quienes Darío hizo príncipes a fin de que las mantuvieran para su seguridad y gloria personales; ése fue también el caso de numerosos emperadores, que de particulares, corrompiendo a los soldados, llegaron al poder. Todos ellos dependen sencillamente de la voluntad y de la fortuna de quienes se lo otorgaron, cosas ambas en exceso volubles e inestables, por lo que no saben, ni pueden, mantenerse en el cargo; no saben porque, si no se es hombre de gran ingenio y virtud, al haberse dedicado siempre a los asuntos privados, no es razonable que sepan mandar; y no pueden porque carecen de fuerzas que les sean leales y fieles.

Además, de modo similar a las restantes cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápidamente, los Estados surgidos de golpe no pueden tener raíces y ramificaciones tan firmes que la primera circunstancia adversa no las seque, siempre y cuando aquellos que, según se ha dicho, tan repentinamente se convirtieron en príncipes no posean tanta virtud como para saber prepararse a conservar de inmediato aquello que la fortuna puso en su regazo, y echen acto seguido los cimientos que los demás pusieron antes de convertirse en príncipes.

Deseo aducir para uno y otro de los dos modos susodichos de llegar a ser príncipe, o por virtud o por fortuna, dos ejemplos de nuestros días:

²⁵ *De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur*

Francesco Sforza y César Borgia. Francesco, con los medios apropiados y merced a su gran virtud, llegó a convenirse de particular en duque de Milán, conservando sin apenas esfuerzo lo que con tantas penalidades había llegado a adquirir.

Por otro lado, César Borgia, a quien el vulgo llamaba duque Valentino, adquirió el Estado gracias a la fortuna de su padre, y lo perdió con ella, aun a pesar de haber hecho uso de todos los resortes y de llevar a cabo todo cuanto un hombre prudente y virtuoso debía hacer al objeto de echar raíces en los Estados que las armas y la fortuna ajenas le otorgaron. Pues, como se dijo antes, quien no eche los cimientos antes los podrá echar después si grande es su virtud, pese a entrañar molestias para el arquitecto y peligro para el edificio. De hecho, quien sopesa todos los avances logrados por el duque, comprobará con cuán sólidos fundamentos había preparado su futuro poder; no considero superfluo discurrir sobre ellos, pues yo mismo no sabría qué preceptos dar a un príncipe mejores que el ejemplo de sus acciones, y no fue culpa suya, sino de una malignidad extraordinaria y extrema de la fortuna, el que sus decisiones no lo beneficiaran.

En el querer engrandecer a su hijo, afrontaba Alejandro VI numerosos obstáculos, presentes y futuros. Primero, no veía modo de poder hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia, y aun decidiéndose por quitarle uno a la Iglesia, sabía que el duque de Milán y los venecianos no se lo consentirían, estando como estaban ya Faenza y Rímini bajo la protección de los últimos. Veía además que los ejércitos de Italia, y sobre todo aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer una mayor potencia del papa; no podía, por tanto, fiarse de ellos, máxime estando al frente los Orsini, los Colonna y sus acólitos. Era, pues, menester alterar la situación, y llevar el desorden a tales Estados para poder enseñorearse con garantías de una parte de los mismos. Lo que le resultó fácil, al percatarse de que los venecianos, por razones de otra índole, estaban empeñados en traer de nuevo a los franceses a Italia: cosa a la que no sólo no se opuso, sino que favoreció con la disolución del anterior matrimonio del rey Luis.

Así pues, pasó el rey a Italia con la ayuda de los venecianos y la aprobación de Alejandro; aún no había llegado a Milán y ya el papa había obtenido de él hombres para la campaña de la Romaña, a la que los demás asintieron dada la reputación del rey. Conquistada, pues, por el duque la Romaña, y expulsados los Colonna, en su deseo de mantenerla y de seguir el avance, el duque se topó con dos obstácu-

los: uno, que sus tropas no le parecían leales; el otro, la voluntad de Francia. Vale decir que las tropas de los Orsini, en las que se había apoyado, lo dejaran colgado, y no sólo le impidieran proseguir sus conquistas, sino que incluso le arrebataran lo conquistado, y aunque el rey hiciese otro tanto. De los Orsini ya había tenido prueba cuando, tras expugnar Faenza y proceder después al asalto de Bolonia, los vio en él sin entusiasmo alguno. Y respecto del rey, conoció sus intenciones cuando, tomado el ducado de Urbino, se disponía al asalto de la Toscana, empresa de la que aquél lo disuadió.

Decisión del duque fue entonces no depender más ni de las armas ni de la fortuna ajenas, y como primera medida debilitó las facciones de los Orsini y de los Colonna en Roma, al ganarse a todos sus seguidores de origen noble haciéndolos nobles suyos y concediéndoles una remuneración sustanciosa, además de honrarles, en función de su grado, con cargos en la milicia y el gobierno; al punto que en poco tiempo de su ánimo desapareció todo rastro de afecto hacia las facciones, volcándose todo en el duque. Tras ello, aguardó la ocasión de extinguir a los Orsini una vez dispersados los vástagos de los Colonna, ocasión que se le presentó pintiparada y que supo aprovechar aún mejor; en efecto, avisados los Orsini, tardíamente, de que la grandeza del duque y de la Iglesia era su caída, se reunieron en Magione, en tierras de Perugia; de aquí nacieron la rebelión de Urbino y las revueltas de la Romaña, además de otros grandes peligros para el duque, a los que éste se sobrepuso con ayuda de los franceses. Recobrada la reputación, y sin fiarse ni de Francia ni de ninguna otra fuerza externa, para no tener que ponerlas a prueba recurrió al engaño. Y supo disimular tan bien sus intenciones que los Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Paulo, a quien el duque prodigó dinero, vestimentas y caballos como señal de garantía; su ingenuidad los condujo, así, a Sinigaglia, hasta sus propias manos. Eliminados, pues, tales cabecillas, y pasados sus seguidores a aliados suyos, el duque había echado los cimientos idóneos para su potencia, al tener bajo su mando toda la Romaña y el ducado de Urbino, y creía sobre todo haberse granjeado la adhesión de la Romaña y ganado a todos esos pueblos, que ahora comenzaban a gustar del bienestar.

Y como todo esto es digno de noticia y de que otros lo imiten no quisiera pasarlo por alto. Tomada ya la Romaña por el duque, y hallándola gobernada por señores apocados, más dados a expoliar a sus súbditos que a conducirles al orden, a los que procuraban más motivos de desunión que de unión, hasta el punto de hacer de esa

tierra un nido de pillaje, de intrigas y de toda suerte de atropellos, juzgó necesario darle un buen gobierno a fin de volverla pacífica y obediente al poder. Propuso por ello a Ramiro de Lorqua, hombre cruel y expeditivo, a quien otorgó plenos poderes. Éste logró en poco tiempo pacificarla y unirla, lo que le confirió enorme reputación. Juzgó más tarde el duque innecesaria una autoridad tan excesiva por temor a que resultare odiosa, y estableció un tribunal civil en el corazón de la Romaña, presidido por un hombre eminente, y en el que cada ciudad tenía su propio procurador. Sabedor, además, de que los rigores pasados le habían generado cierto odio, quiso mostrar, a fin de apaciguar los ánimos de aquellos pueblos y granjearse por entero su adhesión, que si alguna crueldad se había ejercido no provenía de él, sino de la acerba naturaleza de su ministro. De modo que, cuando en Cesena se le presentó la ocasión, lo hizo llevar una mañana a la plaza partido en dos, con un trozo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. Espectáculo tan feroz provocó en aquellos pueblos satisfacción y estupor a un tiempo.

Pero volvamos donde estábamos. Sostengo que el duque se sentía bastante poderoso, y en parte sobre seguro respecto de los peligros del momento; en efecto, habíase armado como pretendía, y deshecho de las tropas que, por cercanas, podían depararle algún daño, por lo que tan sólo le quedaba para continuar su avance conseguir el respeto del rey de Francia; pero sabiendo que éste se había percatado tardíamente de su error, y que no se lo toleraría, se decidió a buscar nuevos aliados, y a mostrarse remiso con Francia cuando sus tropas hicieron su entrada en el reino de Nápoles para luchar contra los españoles, que asediaban Gaeta. Era su intención obtener garantías contra aquéllas, lo que pronto habría logrado de seguir vivo Alejandro.

Tales fueron sus disposiciones respecto de las cosas presentes. En cuanto a las futuras, su primer temor había de ser que no fuera su aliado el nuevo sucesor de la Iglesia, e intentase privarle de lo que Alejandro le había concedido. Ideó cuatro maneras de conjurarlo: la primera, extinguir el entero linaje de los señores a los que había expoliado, a fin de dejar al papa sin la posibilidad; la segunda, atraerse a todos los nobles de Roma, según se ha dicho, para así tener embriado al papa; la tercera, ganarse al Colegio Cardenalicio lo más posible; la cuarta, adquirir antes de la muerte del papa tanto poder como fuese capaz para resistir por sí mismo un primer embate. De estas cuatro cosas, tres tenía ya realizadas a la muerte de su padre, y la cuarta, casi a punto. En efecto, de los señores expoliados dio muerte

a cuantos pudo atrapar, salvándose poquísimos; a los nobles romanos se los había ganado, y una amplia mayoría del Colegio estaba ya de su parte. Y respecto de las nuevas conquistas, su designio era hacerse señor de Toscana; lo era ya de Perugia y Piombino, y de Pisa se había convertido en protector. Y como no tenía ya por qué esperar la anuencia de Francia (ya nunca tendría que hacerlo, al haber sido los franceses expulsados del reino de Nápoles por los españoles, y estar ambos necesitados de comprar su amistad), listo estaba para el asalto a Pisa. Tras ello, Lucca y Siena caerían pronto, en parte por envidia de los florentinos, en parte por miedo: a los florentinos no quedaba escapatoria. De haberlo logrado (y lo habría hecho el año mismo de la muerte de Alejandro), hubiese adquirido tanta fuerza y reputación como para mantenerse por sí mismo, sin depender en lo sucesivo de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino sólo de su poder y su virtud.

Empero, Alejandro murió cinco años después de que él comenzara a desenvainar la espada, dejándolo con el dominio de la Romaña fuertemente consolidado, todos los demás en el aire y a él mismo entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Mas había tal arrojo y tanta virtud en el duque, conocía tan bien cómo se gana o se pierde a los hombres y eran tan sólidos sus cimientos, que de no haber tenido a esos ejércitos encima o haber estado él sano se habría sobrepuesto a cualquier dificultad. La mentada bondad de los cimientos saltó a la vista: la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aun medio muerto, estuvo seguro; y aunque los Ballioni, los Vitelli y los Orsini regresaron a Roma, no hallaron con quién atacarlo; pudo, si no hacer papa a quien quería, sí al menos que no lo fuese quien no quería. Ciertamente, de no hallarse enfermo a la muerte de Alejandro, todo le hubiera sido fácil. Y en persona me dijo en los días en que se eligió a Julio II, que había pensado en cuanto hubiera podido surgir, muerto su padre, y que a todo había puesto remedio; pero que nunca pensó en estar también él entonces a punto de morir.

Así pues, de reunir yo todas las acciones del duque, no sabría reprehenderlo. Más bien me parece, como he hecho, proponer su imitación por cuantos, por fortuna o armas ajenas, hayan llegado al poder. Y es que él, por su grandeza de ánimo y alteza de miras, de ningún otro modo podía conducirse; únicamente la brevedad de la vida de Alejandro y su propia enfermedad fueron obstáculos a sus designios. Por lo tanto, quien considere necesario en su nuevo principado tomar garantías frente a los enemigos, ganarse amigos, vencer por fuerza o engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y venerar

por los soldados, aniquilar a quienes lo puedan o deban perjudicar, renovar con procedimientos nuevos antiguas instituciones, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, extinguir la milicia desleal, establecer otra nueva, preservar las alianzas con reyes y príncipes de modo que lo hayan o de beneficiar sin reciprocidad o perjudicar con miramientos, en absoluto podrá encontrar ejemplos más vivos que sus acciones.

Tan sólo se lo puede censurar por la elección de Julio II como papa, a causa de su mala decisión; en efecto, como se ha dicho, no pudiendo designar a un papa de sus preferencias, sí podía obtener que no lo fuese otro, y nunca debió consentir el papado para los cardenales a los que había perjudicado o para los que, una vez papas, hubieran de temerle. Y es que los hombres causan daño o por miedo o por odio, y entre los que había perjudicado se contaban, entre otros, el de San Piero *ad vincula*, el cardenal Colonna, el de San Giorgio y el cardenal Ascanio;²⁶ los demás, si llegaban al papado, tenían todos de qué temerlo, salvo el cardenal de Ruán y los españoles: éstos, por parentesco y obligaciones; aquél, por su poder, al apoyarle el entero reino de Francia. El duque, por tanto, por sobre cualquier otra cosa, debía hacer papa a un español, y si no podía, debía permitir que lo fuese el cardenal de Ruán, nunca el de San Piero *ad vincula*. Pues quien cree que los favores nuevos hacen olvidar a los grandes personajes las antiguas injusticias se engaña. Erró, pues, el duque en dicha elección, y ello fue la causa de su caída final.

²⁶ Giuliano Della Rovere (luego Julio II), Giovanni Colonna, Raffaele Riario y Ascanio Sforza.

CAPÍTULO VIII

De los que accedieron al principado mediante crímenes²⁷

Ahora bien, como de particular uno se convierte en príncipe en otros dos modos no atribuibles del todo ni a la fortuna ni a la virtud, creo no deber pasarlos por alto, si bien de uno quepa hablar más extensamente donde se trate de las repúblicas. Dichos modos son: o cuando se accede al principado en modo criminal y nefando, o cuando un ciudadano particular se convierte en príncipe de su patria con el favor de sus demás conciudadanos. Al hablar del primero nos valdremos de dos ejemplos, antiguo uno y actual el otro, sin ulteriores profundizaciones, pues creo suficiente, para quien lo necesite, el imitarlos.

El siciliano Agatocles²⁸ llegó a rey de Siracusa a partir no sólo de una condición particular, sino incluso ínfima y abyecta. Hijo de un alfarero, acompañó su conducta criminal a cada período de su vida; mas con todo, combinó sus desenfrenos con tal grado de virtud de ánimo y cuerpo que, entrado en la milicia, llegó a ser pretor de Siracusa pasando por todas las graduaciones. Ya consolidado en el puesto, decidió convenirse en príncipe, manteniendo mediante la violencia y sin obligaciones hacia los demás lo que por acuerdo se le había concedido, e hizo partícipe de su plan al cartaginés Amílcar, por entonces con sus ejércitos en Sicilia; una mañana reunió al pueblo y el senado de Siracusa, como si tuviesen que deliberar sobre asuntos referentes a la república; a la señal convenida, hizo que sus soldados dieran muerte a todos los senadores y a los más ricos del pueblo. Una vez muertos, se adueñó y mantuvo el principado de la ciudad sin la menor oposición. Y pese a la doble derrota y el posterior asedio a manos de los cartagineses, no sólo pudo mantener la ciudad, sino que dejando una

²⁷ *De his qui per accelera ad principatum pervenere*

²⁸ Tirano de Siracusa (316-289 a.C.).

parte de la milicia para defenderla del cerco, con la restante pasó al asalto de África, y en poco tiempo liberó Siracusa del asedio y redujo Cartago a una situación de extrema penuria, al punto de forzarlos a negociar con él, contentándose con las posesiones de África y dejando Sicilia para Agatocles.

Así pues, quien medite sobre sus acciones y su virtud, poco o nada hallará atribuible a la fortuna; y es que, como se ha dicho, no obtuvo el principado por favor de nadie, sino pasando uno a uno por todos los grados del ejército, ganados tras infinidad de infortunios y peligros; y lo mantuvo después con un buen número de decisiones llenas de valor y de riesgo. No cabe llamar virtud, empero, a dar muerte a sus ciudadanos, traicionar a los aliados, faltar a la palabra, a la clemencia, a la religión; procedimientos así permiten adquirir poder, mas no gloria. Pues, de considerar la virtud de Agatocles para desafiar y vencer los peligros, la entereza de su ánimo para soportar y superar adversidades, no se ve en qué pueda juzgársele inferior a ningún otro eminente capitán. No obstante, su feroz crueldad, su inhumanidad rabiosa de desenfreno, impiden que sea celebrado entre los hombres eminentes. No cabe atribuir, por tanto, ni a la fortuna ni a la virtud lo que él consiguiera sin la una ni la otra.

En nuestros días, durante el pontificado de Alejandro VI, Oliverotto da Fermo, huérfano desde la infancia, fue criado por un tío materno llamado Giovanni Fogliani, y entregado desde su primera juventud a la milicia bajo Paulo Vitelli, para que una vez formado en el arte militar, alcanzase excelente graduación en la milicia. Muerto luego Paulo, militó bajo su hermano Vitellozzo, y en poquísimos tiempo, merced a su ingenio y a la gallardía de su persona y de su ánimo, pasó a ser el primero de su tropa. Mas considerando servil estar supeditado a otro, pensó en tomar Fermo, ayudándose de algunos ciudadanos del lugar, más afectos a la esclavitud que a la libertad de su patria, y del favor de Vitellozzo. Por lo que escribió a Giovanni Fogliani diciéndole que, tras pasar muchos años fuera de casa, le apetecía volver a verlo a él y a su ciudad, y calibrar en lo posible su patrimonio; y que como no había tenido más afán que el de adquirir honores, para que sus conciudadanos comprobasen que no había perdido el tiempo en vano, quería volver de tal guisa, acompañado de cien amigos y servidores a caballo. Y le rogaba que fuera de su agrado ordenar que los habitantes de la ciudad lo recibieran con todos los honores, cosa honrosa no sólo para él, sino también para el propio Giovanni, pues era su ahijado. No faltó éste

a ninguno de los deberes debidos al sobrino, a quien, tras hacer que se le recibiera con todos los honores, hospedó en su casa. Días después, con la mente puesta en preparar cuidadosamente su futuro crimen, ofreció un solemnísimos banquete al que invitó a Giovanni Fogliani y a los restantes ciudadanos eminentes de Fermo. Acabados los postres y demás entretenimientos propios de tales banquetes, sacó a colación adrede algunos temas graves, relativos a la grandeza del papa Alejandro y de su hijo César, como también de sus empresas. Respondían Giovanni y los demás a sus palabras cuando, poniéndose repentinamente en pie, les dijo que temas tales se habían de discutir en un lugar más secreto, y se retiró a un cuarto hasta el que Giovanni y los demás ciudadanos le siguieron. Aún no habían tomado asiento cuando de lugares secretos del mismo salieron soldados que dieron muerte a Giovanni y a los demás. Tras el homicidio, Oliverotto subió al caballo, galopó por la ciudad y asedió el palacio del magistrado supremo, de modo que el miedo les constriñó a obedecerle y a establecer un gobierno del que se le hizo príncipe. Y muertos todos aquellos que, en su descontento, podían hacerle daño, se consolidó con nuevas instituciones civiles y militares, al punto que durante el año que mantuvo el principado, no sólo estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que se convirtió en temible para todos sus vecinos. Y habría sido difícil expulsarle, como a Agatocles, si no se hubiera dejado engañar por César Borgia en Sinigaglia, junto a los Orsini y los Vitelli, según se dijo; allí, hecho prisionero él también, un año después de cometido el parricidio fue estrangulado junto con Vitellozzo, su maestro en virtud y desenfrenos.

Alguien podría preguntarse por qué Agatocles y algún otro de su estofa, tras perfidias y crueldades sin cuento, pudo vivir por largo tiempo seguro en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin padecer jamás conspiración alguna por parte de sus conciudadanos, cuando otros muchos, por su crueldad, no lograron mantener el poder ni siquiera en tiempos pacíficos, menos aún en los conflictivos períodos de guerra. Creo que ello se deba al buen o mal uso de las crueldades; cabe hablar de buen uso (si del mal es lícito decir bien) cuando se ejecutan todas de golpe, en aras de la seguridad propia, sin que se recurra más a ellas, y redunden en la mayor utilidad posible para los súbditos. Hay mal uso cuando, aun si pocas al principio, con el tiempo aumentan en lugar de desaparecer. Quienes se atienen al primer modo quizás encuentren en Dios y los hombres algún apoyo a su situación, como le pasó a Agatocles; a los otros, no les es posible mantenerse.

Es de notar por ello que quien se adueñe de un Estado debe meditar sobre todo el daño que le será preciso infligir, e infligirlo de golpe a fin de no tener que repetirlo cada día, pues el no tener que hacerlo infundirá calma a sus hombres y le permitirá ganárselos con favores. El que obre de otro modo, sea por debilidad o mal consejo, andará siempre necesitado de llevar empuñado el cuchillo; y nunca podrá ampararse en sus súbditos, pues sus renovadas y continuas injusticias les privan de garantías frente a él. Las injusticias, en efecto, deben cometerse de una vez, para que, menos degustadas, su daño sea menor, mientras los favores deben procurarse paso a paso, a fin de saborearlos mejor. Y un príncipe debe ante todo comportarse con sus súbditos de modo que ningún incidente, favorable o contrario, le obligue a variar su proceder, pues cuando en los momentos adversos llegan las necesidades, no está ya a tiempo de hacer el mal, en tanto el bien que hace se considera forzado y no le reporta beneficio, como tampoco agradecimiento alguno.

CAPÍTULO IX

*Del principado civil*²⁹

Vayamos al segundo caso, el de un ciudadano particular que se convierte en príncipe de su patria no mediante crímenes ni otras intolerables formas de violencia, sino a través del favor de sus conciudadanos; cabría denominársele principado civil, y llegar hasta él no requiere ni sólo virtud ni sólo fortuna, sino más bien una astucia afortunada. Al respecto afirmo que se accede o mediante el favor del pueblo o mediante el favor de los notables, pues en toda ciudad se hallan esos dos humores contrapuestos. Y surge de que el pueblo desea que los notables no le dominen ni le opriman, mientras los notables desean dominar y oprimir al pueblo; de esos dos apetitos contrapuestos surge en la ciudad una de estas tres consecuencias: el principado, la libertad o la licencia.

El principado se debe al pueblo o a los notables según una u otra partes tenga su ocasión, pues si los notables constatan que no pueden resistir al pueblo comienzan a otorgar su favor a uno de ellos, y lo hacen príncipe para, a su sombra, llegar a desfogar su apetito. El pueblo, por su parte, constatando que no puede resistir a los notables, otorga su favor a alguien, y lo hace príncipe para escudarse en su autoridad. El que llega al principado con el apoyo de los notables se mantiene con mayor dificultad que el que accede apoyándose en el pueblo, pues sábase príncipe en medio de otros muchos que se piensan iguales a él, y a los que por ello no puede mandar ni conducir a sus anchas.

En cambio, quien accede al principado mediante el apoyo popular está solo, sin nadie, o casi, en derredor suyo que no esté dispuesto a obedecer. Además de eso, no se puede con honestidad dar satisfacción a los notables sin perjudicar a los otros, lo cual sí es posible con el pueblo, por ser el suyo fin más honesto que el de los notables, al

²⁹ *De principatu civile*

querer éstos oprimirlo y aquel que no se le oprima. No sólo eso: de enemistarse al pueblo, el príncipe jamás podría estar seguro, por ser demasiados. Con los notables, que son pocos, sí podría. Lo peor que puede esperar un príncipe de un pueblo enemigo es que lo abandone; mas con los notables por enemigos no sólo cabe temer su abandono, sino también que le hagan frente, pues siendo mayor su capacidad de previsión y su astucia, les falta tiempo para ponerse a salvo y buscan la deferencia del que presumen vencedor. Añádase que el príncipe está obligado a vivir siempre con el mismo pueblo, mientras que bien puede actuar sin los mismos notables, siéndole posible ponerlos y quitarlos a diario, y privarles de reputación o concedérsela a su antojo.

A fin de aclarar más todo esto, sostengo que a los notables se les deba examinar principalmente de dos maneras. O se conducen en modo de adecuarse en todo a tu suerte, o no. A los primeros, si no son unos rapaces, se les debe honrar y considerar; para los otros, dos son los índices a tener en cuenta: o proceden así por pusilanimidad o natural falta de ánimo, en cuyo caso tú debes servirte principalmente de los que son buenos consejeros, pues en la prosperidad te honras en ellos, y en la adversidad en nada has de temerles. O bien lo hacen aposta y movidos por su ambición, lo cual es señal de que piensan más en ellos que en ti; de ellos se debe el príncipe precaver, y temerlos como a enemigos declarados, pues siempre, en la adversidad, promoverán su caída.

Así pues, debe quien llegue a ser príncipe mediante el favor del pueblo mantenerlo junto a sí, cosa esta fácil, pidiendo aquél sólo que no se le oprima. En cambio, alguien que en contra del pueblo llegue a ser príncipe mediante el favor de los notables, debe lo primero de todo tratar de ganarse al pueblo: cosa esta fácil si se hace su protector. Y puesto que los hombres, cuando obtienen un bien del que esperaban un mal, se sienten aún más obligados ante su benefactor, el pueblo se le mostrará de inmediato más servicial. El príncipe puede granjearse su adhesión de muchas maneras, de las que no es posible dar regla cierta al depender de la situación; de ahí que las dejemos de lado. Concluyo diciendo sólo que es menester a un príncipe mantener al pueblo de su lado, pues si no, carecerá de todo auxilio en la adversidad.

Nabis,³⁹ príncipe de los espartanos, sostuvo el asedio de toda Grecia y de un más que victorioso ejército romano, logrando salvaguardar contra todos ellos su patria y su poder. Cuando sobrevino el peligro le bastó con precaverse de unos pocos, cosa que no habría

³⁹ Tirano de Esparta (205-192 a.C.).

sido suficiente de haber sido el pueblo enemigo suyo. Y que nadie contradiga mi opinión echando mano del consabido proverbio de que *quien se apoya en el pueblo se apoya en el barro*, pues eso es verdad sólo si quien se apoya en el pueblo es un ciudadano particular, y pretenda que el pueblo lo libere cuando se halle en poder de los enemigos o de los magistrados. En ese caso fácilmente se podría sentir engañado, como los Gracos en Roma³¹ o inicer Giorgio Scali³² en Florencia. Pero si se trata de un príncipe quien se apoya en aquél, en grado de mandar y lleno de valor, al que las adversidades no amedrenten y haya adoptado las necesarias disposiciones, y que con su ánimo y con sus instituciones mantenga en vilo al pueblo, jamás éste le abandonará, y podrá constatar la solidez de sus cimientos.

Suelen estos principados correr peligro cuando se está por pasar del orden civil al gobierno absoluto, ya que tales príncipes gobiernan o por sí mismos o por medio de magistrados. En este último caso, mayores son la fragilidad y los peligros para su permanencia, pues ésta depende por entero de la voluntad de los ciudadanos a los que se han asignado las magistraturas, quienes, en especial cuando llegan las adversidades, pueden deponerlo con suma facilidad del cargo, sea porque le hacen frente o porque le faltan a la obediencia. Y el príncipe, en medio de los peligros, no está a tiempo de asumir la autoridad absoluta, pues los ciudadanos y los súbditos, que suelen recibir las órdenes de los magistrados, no están en las situaciones difíciles en disposición de recibir las suyas; y siempre serán pocos los que en los momentos de incertidumbre sean de fiar. Y es que un tal príncipe no puede hacer caso de cuanto ve en los momentos de calma, cuando los ciudadanos necesitan del Estado, pues entonces todos se apresuran, todos prometen, y cada uno daría la vida por él mientras a la muerte no se la vea venir. Mas en la adversidad, cuando el Estado necesita de los ciudadanos, son pocos los que aparecen. Dicha experiencia es tanto más peligrosa cuanto que sólo una vez se la puede intentar. De ahí que un príncipe sabio deba meditar acerca de cómo, siempre y en cualquier situación, necesiten sus ciudadanos del Estado y de él: entonces siempre le serán fieles.

³¹ Tiberio y Cayo Graco, los infortunados tribunos de la plebe (cf. *Discursos*, 1-37).

³² Tras la revuelta de los Ciompi (1378), Giorgio Scali se convirtió en una especie de jefe popular; su arrogancia hizo que poco después fuera ajusticiado.

CAPÍTULO X

*Cómo se deben medir las fuerzas de todos los principados*³³

Cuando se examinan las características de tales principados conviene llevar a cabo otra consideración, a saber: si el poder de un príncipe es tan grande como para, en caso de necesidad, sostenerse por sí mismo, o si necesita siempre que otros lo defiendan. Y para mejor clarificar este punto afirmo que, en mi opinión, están capacitados para defenderse por sí mismos quienes, por abundancia de hombres o dinero, pueden formar un ejército apropiado y sostener combate abierto con cualquiera que desee atacarlos. Del mismo modo, opino que tienen siempre necesidad de otros quienes no están en grado de comparecer contra el enemigo en combate abierto, sino que se ven siempre forzados a guarnecerse en el interior de las murallas, y a defenderlas. Del primer caso se ha hablado ya, y aún diremos cuanto sea preciso. Del segundo, nada más cabe decir; sólo animar a tales príncipes a que fortifiquen y defiendan su ciudad, sin preocuparse para nada de las tierras circundantes. Y quien haya fortificado adecuadamente su ciudad, y en los demás asuntos se haya conducido con los súbditos como antes se dijo y después se dirá,³⁴ hará que un agresor se lo piense antes: los hombres, en efecto, en absoluto gustan de las empresas en las que se prevean dificultades, y no es precisamente llegar y pegar el atacar a alguien cuya ciudad está bien defendida y a quien su pueblo no odia.

Las ciudades de Alemania son muy libres, poseen poco territorio y obedecen al emperador cuando así lo quieren, y no sienten temor ni de él ni de ningún otro poderoso cercano, pues están de tal modo fortificadas que todos consideran largo y peliagudo expugnarlas. Todas tienen fosos y murallas apropiados, y suficiente artillería; los depósitos

³³ *Quomodo omnium principatum vires perpendi debeant*

³⁴ En los capítulos IX y XIX.

públicos contienen comida, bebida y leña para un año; además de eso, a fin de mantener bien nutrida a la plebe sin detrimento del erario público, disponen siempre de un fondo común durante un año con el que poder darle trabajo en aquellas ocupaciones que son el nervio y la vida de la ciudad, y de las industrias que dan de comer a la plebe. El adiestramiento militar, además, sigue aún gozando en ellas de prestigio, siendo numerosas las regulaciones que velan por su conservación.

Así pues, un príncipe que tenga una ciudad fortificada y no se granjee el odio no podrá ser asaltado; y de haber quien lo hiciere, acabaría yéndose abochornado, ya que las cosas del mundo son tan mutables que nadie podría permanecer durante un año con sus ejércitos ocioso y en estado de asedio. Y si alguien replicara que en caso de que el pueblo tenga fuera sus posesiones y las vea arder perderá la paciencia, y que el largo asedio y el propio interés lo harán olvidarse del príncipe, le respondería que un príncipe poderoso y valiente superará siempre esas dificultades, ora dando esperanzas a los súbditos de que el mal no durará mucho, ora infundiendo temor a la crueldad del enemigo, ora sabiendo precaverse con habilidad de los que le parecieren más osados. Además, el enemigo deberá razonablemente quemar y asolar el territorio a su llegada, justo cuando los ánimos de los hombres están aún encendidos y dispuestos para la defensa. Por eso tanto menos debe vacilar el príncipe, pues al cabo de unos cuantos días, enfriados los ánimos, los daños están ya hechos, los males han surtido su efecto, y ya no hay remedio; entonces aún se unen más a su príncipe, pues con sus casas reducidas a ceniza y asoladas sus posesiones por defenderlo, consideran que tenga contraída con ellos una obligación. Y es que forma parte de la naturaleza de los hombres contraer obligaciones tanto por los beneficios que se hacen como por los que se reciben. De ahí que, si se considera todo como es debido, no resultará difícil a un príncipe prudente mantener en vilo los ánimos de sus ciudadanos antes y después de un asedio, siempre y cuando no les falte ni de qué vivir ni con qué defenderse.

CAPÍTULO XI

*De los principados eclesiásticos*³⁵

En este punto, ya sólo nos queda discurrir sobre los principados eclesiásticos; al respecto, las dificultades surgen todas antes de poseerlos, pues se conquistan por virtud o por fortuna, mas sin la una ni la otra se mantienen. Y es que venerables instituciones los asientan en la religión, y es tal su poder y su prestigio que mantienen a sus príncipes en el poder, sea cual fuere su modo de obrar y proceder. Sólo ellos tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan. Y los Estados, aun indefensos, no les son arrebatados; a los súbditos, que no estén gobernados, no les preocupa, pues ni piensan ni pueden emanciparse de ellos. Son estos principados, por tanto, los únicos seguros y felices. Mas, estando regidos por una razón superior, inalcanzable para una mente humana, los dejaré de lado: elevados y preservados como están por Dios, sería propio de alguien presuntuoso y temerario examinarlos.

Empero, alguien podría preguntarme cómo ha llegado en lo temporal a adquirir la Iglesia tanto poder, cuando antes de Alejandro los potentados de Italia, y no sólo quienes a sí mismos se llamaban potentados, sino cualquier barón o señor de mínimo rango, en lo temporal la estimaban en poco, mientras hoy un rey de Francia tiembla ante ella, pues lo ha podido expulsar de Italia y hundir a los venecianos (aunque conocida la cosa, no considero superfluo rememorarla en buena parte).

Con anterioridad a la venida a Italia del rey Carlos,³⁶ el país se hallaba bajo el poder del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Tales potentados

³⁵ *De principatibus ecclesiasticis*

³⁶ En 1494.

dos habían de tener dos preocupaciones esenciales: la primera, que ningún extranjero armado entrara en Italia; la segunda, que ninguno de ellos ampliase sus dominios. Quienes más preocupaban eran el papa y los venecianos; para contener a éstos, era menester la unidad de todos los demás, como ocurrió en la defensa de Ferrara, y para sujetar al papa se servían de los barones de Roma; éstos, divididos en dos facciones, la de los Orsini y la de los Colonna, tenían por lo mismo continuos altercados entre ellos; además, con las armas empuñadas a la vista del pontífice, mantenían el papado débil y exánime. Y aun si de vez en cuando surgía algún papa valeroso, como lo fue Sixto,³⁷ ni su fortuna ni su saber le permitieron jamás sortear tales obstáculos. La brevedad de la vida era la causa, pues en los diez años promedio que vivía un papa, con dificultad lograba deshacer una facción. Y si, por ejemplo, uno casi había conseguido exterminar a los Colonna, venía luego otro enemigo de los Orsini, que los hacía resurgir, sin tiempo suficiente para exterminar a los Orsini. Esto hacía que, en lo temporal, las fuerzas papales fueran escasamente estimadas en Italia.

Vino después Alejandro VI, quien, a diferencia de cualquier otro pontífice jamás existido, demostró hasta qué punto puede elevarse un papa con dinero y armas, llevando a cabo gracias al duque Valentino y a la llegada de los franceses todo cuanto ya examiné anteriormente a propósito de las acciones del duque. Y aun si no era su intención hacer grande a la Iglesia, sino al duque, no por ello todo lo que hizo dejó de redundar en beneficio de la Iglesia, que tras su muerte y la del duque, fue heredera de todos sus esfuerzos.

Vino después el papa Julio, que se encontró con una Iglesia poderosa, en cuanto dueña de toda la Romaña, y desaparecidos ya los barones de Roma, luego de las andanadas de Alejandro por anular tales facciones; y encontró además la vía abierta a la acumulación de dinero, nunca usada antes de Alejandro. Julio no solamente mantuvo todo eso, sino que lo acrecentó; y decidió conquistar Bolonia, acabar con los venecianos y expulsar a los franceses de Italia, empresas todas ellas exitosas, y tanto más dignas de encomio cuanto que todo lo hizo por engrandecer a la Iglesia y no a un particular. Mantuvo asimismo las facciones de los Orsini y los Colonna en la condición en la que las halló, y si bien hubo entre ellos algún cabecilla en grado de promover desórdenes, también había dos cosas que los sujetaban: una, el poder

³⁷ Sixto IV (1471-1484).

de la Iglesia, que los consternó; la otra, el estar faltos en sus filas de cardenales, origen siempre de altercados entre ellos. Jamás se mantendrán en calma dichas facciones mientras cuenten con cardenales, ya que alimentan, en Roma como fuera de ella, las facciones y los barones se ven obligados a defenderlos: es así como, de las ambiciones de los prelados, nacen las discordias y los altercados entre los barones. Su Santidad el papa León³⁸ se ha encontrado, pues, con un poderosísimo pontificado, y de él se espera que, si aquéllos lo hicieron grande con las armas, sean su bondad y el número infinito de sus demás virtudes lo que lo vuelvan aún más poderoso y respetable.

³⁸ León X Medici (1513-1521).

CAPÍTULO XII

*De los diferentes tipos de tropas y de las tropas mercenarias*³⁹

Luego de haber examinado una a una todas las características de los principados sobre los que al principio me propuse razonar, considerado en buena medida las razones del bien y del mal que les es propio, y mostrado los modos en los que muchos han intentado adquirirlos y conservarlos, me queda ahora examinar en general los tipos de ataque y de defensa que cada uno de ellos puede experimentar. Antes señalamos⁴⁰ cómo es menester a un príncipe tener sólidos fundamentos, so pena de hundirse. Y de los fundamentos de todos los Estados, tanto nuevos como antiguos o mixtos, los principales son las buenas leyes y las buenas armas. Y puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas, las leyes son por cierto buenas, omitiré aquí hablar de las leyes para hacerlo sólo de las armas.

Afirmo, pues, que las armas con las que un príncipe defiende su Estado son o suyas, o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y si alguien mantiene su Estado apoyándose en tropas mercenarias, jamás se hallará estable ni seguro a causa de su desunión, ambición, indisciplina e infidelidad; de su arrogancia con los aliados y cobardía frente a los enemigos; sin temor de Dios, ni lealtad a los hombres, tanto se difiere la caída cuanto se difiere el ataque; en la paz te expolían ellas; en la guerra, los enemigos. La razón de todo esto es que no hay más pasión ni motivo que las mantenga formadas que una parca soldada, insuficiente siempre para que se apresten a dar la vida por ti. Quieren desde luego ser soldados tuyos mientras no estás en guerra, pero huyen o se largan

³⁹ *Quot sunt genera militiae et de mercenariis militibus*

⁴⁰ En el capítulo VIII.

como la vean venir. No creo que necesite de muchas energías para persuadir de eso, puesto que la actual ruina de Italia no tiene más causa que el haberse fundado durante muchos años en armas mercenarias. Alguno ganó algo alguna vez gracias a ellas, y entre sí hasta parecían valientes, pero en cuanto hizo su entrada el extranjero se mostraron tal como eran. De ahí que se le permitiera a Carlos, rey de Francia, apoderarse de Italia con la tiza;⁴¹ y quien achacaba todo eso a nuestros pecados, decía la verdad, si bien no eran los que él creía, sino los que yo acabo de contar; y por ser pecados de los príncipes, también ellos pagaron la penitencia.

Deseo mostrar aún mejor lo pernicioso de tales tropas. Los cabecillas de los mercenarios son hombres excelentes o no: si lo son, no puedes confiar en ellos, pues siempre aspirarán a engrandecerse a sí mismos, ya sea oprimiéndote a ti, su patrón, o a otros, sin echarte cuenta; y si carecen de virtud, normalmente te hacen caer. Y si alguien objetara que, mercenario o no, todo aquel que empuñe las armas hará lo mismo, le replicaré con el uso que de las armas debe hacerse por parte de un príncipe o de una república. El príncipe debe ir en persona, y ocupar el cargo de jefe; la república deposita el mando en sus ciudadanos, y cuando quien lo ostenta carece de valor, debe cambiarlo; cuando sí lo tiene, debe sujetarlo con las leyes para impedirle cruzar la raya. La experiencia nos muestra a príncipes solos y a repúblicas armadas llevar a cabo acciones notabilísimas, y a las tropas mercenarias nunca hacer otra cosa sino daño; y que más difícilmente cae una república armada con sus propias armas bajo el dominio de uno de sus ciudadanos, que otra armada con tropas ajenas.

Roma y Esparta permanecieron muchos siglos armadas y libres. Los suizos lo están hasta los dientes y lo son por completo. Ejemplo de armas mercenarias en la Antigüedad son los cartagineses, quienes estuvieron a punto de ser oprimidos por ellas al acabar la primera guerra púnica, pese a que eran ciudadanos propios quienes estaban al frente de las mismas. Tras la muerte de Epaminondas, los tebanos hicieron jefe de su ejército a Filipo de Macedonia, quien luego de la victoria les privó de libertad. Los milaneses, a la muerte del duque Filippo, contrataron a Francesco Sforza contra los venecia-

⁴¹ Expresión con la que Maquiavelo indica cuán fácilmente se movió Carlos VIII por Italia: la tiza, en efecto, la utilizaban las avanzadillas para señalar los alojamientos.

nos, y aquél, tras derrotar a los enemigos en Caravaggio,⁴² se alió a ellos para dominar a los milaneses, sus patronos. Sforza padre, a sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de repente desarmada, por lo que, para no perder el reino, se vio obligada a echarse en brazos del rey de Aragón. Y si venecianos y florentinos acrecentaron en el pasado sus dominios con tales tropas, y sus jefes, lejos de hacerse príncipes los defendieron, sostengo que en este caso a los florentinos los favoreció la suerte, pues entre los jefes virtuosos que podían suscitarles temor, unos no obtuvieron la victoria, otros se toparon con obstáculos, y otros tenían puestas sus ambiciones en otra parte. El que no venció fue Giovanni Aucut,⁴³ de quien, justo por eso, no se podía conocer la lealtad; mas todo el mundo reconocerá que, de haberlo hecho, los florentinos hubieran quedado a su merced. Sforza mantuvo una rivalidad permanente con los hombres de Braccio,⁴⁴ por lo que se vigilaban entre sí. Francesco concentró su ambición en Lombardía, y Braccio, en contra de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero vayamos a lo sucedido recientemente. Los florentinos nombraron capitán a Paulo Vitelli, hombre de suma prudencia y que, pese a su condición de particular, había adquirido una reputación extraordinaria. Si éste hubiera logrado expugnar Pisa, nadie negará que los florentinos habrían caído seguro en sus manos, pues pasado a sueldo de sus enemigos no habrían tenido escape, y en su bando, habrían tenido que obedecerlo. En cuanto a los venecianos, si se examinan sus pasos, se verá cuán firme y gloriosamente procedieron mientras llevaron adelante la guerra con sus propias tropas —antes de centrar sus miras en tierra firme—, con los nobles y la plebe armada actuando de manera en extremo virtuosa. Pero cuando en sus empresas cambiaron el mar por la tierra, olvidaron dicha virtud y adoptaron las costumbres de Italia. Al principio de su expansión terrestre, siendo pequeño su Estado y grandísima su reputación, poco habían de temer de sus capitanes. Pero apenas empezaron a ampliarlo, cosa que ocurrió con Carmignola,⁴⁵ tuvieron una muestra de ese error. Habían constatado su virtud extrema y derrotado al duque de Milán con él al frente; mas conocido de otra parte su reticente comportamiento en la guerra, estimaron que con él sería imposible volver a vencer, pues no lo de-

⁴² El 15 de setiembre de 1448.

⁴³ John Hawkwood, aventurero inglés a sueldo de Florencia.

⁴⁴ Los hombres de Andrea Fortebracci (Braccio da Montone).

⁴⁵ Francesco Bussone, conde de Carmagnola.

seaba, y que no lo podían licenciar para no perder lo que ya habían conquistado, por lo que, en aras de su seguridad, no les quedó más remedio que darle muerte. Capitanes suyos fueron luego Bartolomeo de Bérghamo,⁴⁶ Ruberto de San Severino, el conde de Pitigliano⁴⁷ y otros semejantes, de los que había de temer no sus victorias, sino sus derrotas; tal fue el caso de Vailate, donde en un día perdieron todo lo que con tantas penalidades habían conquistado a lo largo de ochocientos años. Y es que con tales armas se obtienen sólo lentas, tardías y endebles conquistas, pero repentinas y anonadantes derrotas. Y puesto que con dichos ejemplos he venido a parar a Italia, que ha sido gobernada durante largos años por tropas mercenarias, desco examinarlas remontándome hasta sus orígenes, a fin de que vistos su nacimiento y desarrollo, sea más fácil su remedio.

Habéis pues de saber que, con anterioridad al reciente rechazo del imperio en Italia, y del aumento de la reputación del papa en lo temporal, Italia se hallaba dividida en varios Estados, por cuanto muchas de las grandes ciudades se habían alzado en armas contra sus nobles, quienes, favorecidos antaño por el emperador, las habían tenido bajo su poder; al respecto, contaron con el apoyo de la Iglesia, deseosa de aumentar su reputación en lo temporal. En otras muchas, sus propios ciudadanos se convirtieron en príncipes. Con el resultado de que, habiendo casi caído Italia en manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y no familiarizados tales sacerdotes y ciudadanos con el uso de las armas, comenzaron a asoldar a extranjeros. El primero en dar prestigio a tropas tales fue Alberigo de Conio,⁴⁸ natural de la Romaña. De su escuela proceden, entre otros, Braccio y Sforza, árbitros en su época de Italia. Tras ellos se sucedieron todos los demás, que hasta nuestros días han estado al frente de esas tropas. Y la consecuencia de su virtud ha sido que Italia se ha visto atropellada por Carlos, saqueada por Luis, violentada por Fernando⁴⁹ y escarnecida por los suizos. El proceder que han seguido ha sido el de quitar prestigio a la infantería para dárselo a sí mismos, y obraron de esa guisa porque, sin Estado y viviendo de su profesión, una infantería reducida no les confería

⁴⁶ Bartolomeo Colleoni, célebre *condottiero* (el término proviene de *condotta*, es decir, el *contrato* estipulado por el jefe militar y el contratante para el que debía guerrear).

⁴⁷ Niccolò Orsini.

⁴⁸ Alberigo da Barbiano, conde de Cunio.

⁴⁹ Referencias a Carlos VIII, Luis XII y Fernando el Católico.

prestigio y mantener una más amplia estaba fuera de su alcance; se limitaron, pues, a la caballería, que con un número adecuado les permitía obtener sustento y honores.

Las cosas llegaron a tal punto que en un ejército de veinte mil hombres no había dos mil infantes. Se servían además de todo tipo de mañas para alejar de sí y de sus soldados todo rastro de esfuerzo o temor: no se mataban en las peleas, limitándose a hacer prisioneros y sin pedir rescate, no asaltaban las ciudades de noche ni hacían los de la ciudad incursiones contra los sitiadores, no rodeaban el campamento de empalizadas ni fosos, ni acampaban en invierno. Todo ello les era permitido por sus ordenanzas militares, ideadas por ellos para rehuir, como se ha dicho, el esfuerzo y los peligros; al punto de volver a Italia esclava y escarnecida.

CAPÍTULO XIII

*De las tropas auxiliares, mixtas y propias*⁵⁰

Armas auxiliares, las otras inútiles, las hay cuando se llama a un potentado para que acuda con sus armas en tu ayuda y defensa, como no ha mucho hizo el papa Julio, quien, tras constatar la penosa experiencia de las tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, recurrió a las auxiliares, acordando con Fernando, rey de España, que éste lo ayudara con sus hombres y ejércitos.⁵¹ Dichas tropas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero para quien las solicita son casi siempre nocivas, pues una derrota te hunde, una victoria te hace su prisionero.

De ejemplos tales están llenas las historias antiguas; empero, no deseo alejarme de este ejemplo reciente del papa Julio II, cuya decisión de arrojarse por entero en manos de un extranjero por adquirir Ferrara no pudo ser más insensata. Aun así, su buena estrella dio pie a un tercer factor que le evitó recoger el fruto de su mala elección; derrotados ya sus auxiliares en Rávena⁵² irrumpieron los suizos, que de manera inopinada para él y los demás, pusieron en jaque a los vencedores, por lo que no fue hecho prisionero ni por los enemigos, que habían huido, ni por los auxiliares, al haber vencido con tropas distintas de las suyas. Los florentinos, desarmados totalmente, condujeron a diez mil franceses a Pisa para expugnarla, decisión esa que les reportó más peligro que cualquier otra adversidad hasta entonces. El emperador de Constantinopla,⁵³ para hacer frente a sus vecinos, llevó a Grecia a diez mil turcos, los cuales, acabada la guerra, no quisieron volver, dando inicio a la servidumbre de Grecia por los infieles.

⁵⁰ *De militibus mixtis et propriis*

⁵¹ En 1511, el papa Julio II estableció la *Liga Santa* con Fernando el Católico.

⁵² El 11 de abril de 1512.

⁵³ Juan Cantacuceno, en 1346.

Así pues, aquel que desee no poder vencer, que se valga de tales tropas, pues son mucho más peligrosas que las mercenarias; con aquéllas, en efecto, el hundimiento está asegurado, en cuanto forman siempre un cuerpo, siempre a las órdenes de otro; éstas, aun venciendo, para hacerte daño requieren siempre más tiempo y una mejor ocasión, pues no conforman un único cuerpo y eres tú quien las reunió y paga; además, un tercero al que tú hiciste jefe no puede adquirir de inmediato tanto poder como para perjudicarte. En resumen, en las mercenarias es más peligrosa la desidia; en las auxiliares, la virtud.

Un príncipe prudente, por tanto, siempre ha rehuido tales armas, prefiriendo las propias; ha preferido mejor perder con las suyas a ganar con las de otro, considerando falsa la victoria obtenida mediante armas ajenas. Nunca me cansaré en traer a colación a César Borgia y sus acciones. El duque entró en la Romaña con tropas auxiliares, al mando de franceses solamente, y con ellas tomó Ímola y Forli. Pero después, no pareciéndole fiables tales tropas, optó por las mercenarias, por considerarlas menos peligrosas, asoldando a los Orsini y los Vitelli. Pero al revelársele indecisas, desleales y peligrosas en la práctica, se deshizo de ellas y recurrió a las propias. Resulta fácil constatar la diferencia entre tales tipos de tropas, pues basta con atender a la diferente reputación del duque cuando disponía únicamente de las francesas, cuando tenía a los Orsini y los Vitelli, y cuando se quedó con las suyas, dependiendo de sí mismo: no cesó de aumentar, y nunca fue tan alto su prestigio como cuando todo el mundo pudo advertir que él era el dueño único de sus tropas.

No era mi intención desviarme de ejemplos italianos y recientes, mas tampoco deseo pasar por alto el de Hierón de Siracusa, a quien ya mencioné con anterioridad. Nombrado, como dije, jefe de los ejércitos por los siracusanos, comprobó de inmediato la inutilidad de las tropas mercenarias al conducirse sus jefes como los actuales italianos; y pareciéndole que no los podía ni mantener ni licenciar, optó por descuartizarlos a todos, pasando acto seguido a hacer la guerra con armas suyas en vez de ajenas. Deseo igualmente traer a la memoria una imagen del Antiguo Testamento como hecha adrede. Ofreciéndose David a Saúl para combatir contra Goliat, el desafiante filisteo, Saúl lo armó con sus armas para infundirle ánimos; David, tras ponérselas, las rechazó, diciendo que no podía con ellas valerse por sí mismo, y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo. O sea, las armas de otro, o te vienen grandes, o te resultan pesadas o te aprietan.

Carlos VII, padre del rey Luis XI, que merced a su fortuna y su

virtud había liberado a Francia de los ingleses,⁵⁴ percibió la necesidad de armarse con tropas propias, por lo que dictó en su reino la ordenanza de la caballería y de la infantería. Más tarde, el rey Luis, su hijo, disolvió la infantería, y empezó a asoldar suizos, error que, seguido de otros, es, como de hecho se aprecia, la causa de los peligros de dicho reino. Y es que al conceder reputación a los suizos ha degradado a la totalidad de sus tropas, pues ha disuelto la infantería y hecho depender la caballería de armas ajenas, pues una vez acostumbradas a combatir junto a los suizos no creen ya poder vencer sin ellos. De ahí que los franceses no se basten contra los suizos, y que, sin ellos, ni hagan tentativas contra los demás.

Así pues, los ejércitos de Francia han sido mixtos: en parte mercenarios y en parte, propios; y tales tropas, juntas, son mucho mejores que las puramente auxiliares o las puramente mercenarias, y de lejos inferiores a las propias. Y baste con el ejemplo aducido; el reino de Francia, en efecto, sería invencible de haber mejorado o preservado la ordenación de Carlos. Mas la escasa prudencia de los hombres es origen de cosas que, por las iniciales ventajas que procuran, no dejan percatarse del veneno que llevan dentro, según dije más arriba de la tisis.⁵⁵ Aquel, en suma, que en un principado no reconoce los males cuando surgen, no es en verdad prudente, mas eso es dado a pocos. Y de examinarse el origen de la caída del Imperio romano, se lo vería en el momento en que se empezó a asoldar a los godos, pues desde ese instante comenzaron a debilitarse las fuerzas de dicho imperio, y toda la virtud de la que se le privaba se les daba a ellos.

En conclusión, si no dispone de armas propias, ningún principado está seguro, o mejor, depende por completo de la fortuna al carecer de virtud que en circunstancias adversas lo defienda. Y fue siempre opinión y máxima de los hombres sabios *quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam fama potentiae non sua vi nixa*.⁵⁶ Y las armas propias son las compuestas por súbditos o por ciudadanos o por siervos tuyos: todas las demás son mercenarias o auxiliares. Y el modo de organizar las armas propias será fácil de hallar si se razona sobre los procedimientos adoptados por los cuatro recién nombrados, o si se atiende a cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas otras repúblicas y principados se dotaron de tropas y las organizaron, procedimientos esos a los que me remito por completo.

⁵⁴ Al final de la guerra de los Cien Años, en 1453.

⁵⁵ En el capítulo III.

⁵⁶ «Pues nada hay tan débil e inestable como la reputación de poder que no se basa en las propias fuerzas.» (cita memorística de Tácito, *Anales*, XIII, 19.)

CAPÍTULO XIV

*De lo que incumbe a un príncipe en relación con la milicia*⁵⁷

Un príncipe, por tanto, no debe tener otro objetivo ni más pensamiento, ni tomar otro arte como propio, aparte de la guerra, sus modalidades y dirección; pues es la única arte que concierne al que manda. Y requiere tal virtud que no sólo mantiene a quienes han nacido príncipes, sino que con frecuencia promueve a particulares hasta ese rango. Por el contrario, se ve que cuando los príncipes han dedicado más atención a la holganza que a las armas, han perdido su poder. Y la causa primera que te hace perderlo es descuidar dicha arte; como la causa que te lo hace adquirir es estar versado en ella.

Francesco Sforza se convirtió de particular en duque de Milán por tener armas, en tanto sus descendientes, por rehuir las incomodidades de las armas, de duques se convirtieron en privados. Y es que uno entre los males que te procura el estar desarmado es que te hace digno de desprecio, una de esas infamias de las que el príncipe se debe preservar, como después se dirá. Pues de uno armado a otro desarmado no cabe respeto alguno, estando fuera de lo razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado, o que quien no está armado se halle seguro entre servidores armados; ya que al sentir uno desdén y el otro recelos, no hay posibilidad de que actúen de concierto. De ahí que un príncipe poco ducho en el arte de la guerra, junto a otros motivos de infelicidad, como se ha dicho, no pueda ni gozar de la estima de sus soldados ni fiarse de ellos.

Así pues, no debe apartar nunca su cabeza del adiestramiento militar, y en la paz aún debe ejercitarse más que en la guerra, cosa que puede realizar de dos maneras: una, con obras y, otra, con la mente. Respecto de las obras, además de mantener sus ejércitos bien orga-

⁵⁷ *Quod principem deceat circa militiam*

nizados y adiestrados, debe participar en continuas cacerías, a fin de habituar el cuerpo a las penalidades, aprendiendo al mismo tiempo la naturaleza del terreno, a conocer dónde se elevan las montañas, se abren los valles, se extienden las llanuras, a comprender la naturaleza de los ríos y de los cenagales, poniendo en ello la máxima atención. Ese conocimiento es útil por dos razones: en primer lugar, se aprende a conocer el propio país, lo que puede facilitar su defensa; después, porque el conocimiento y la familiaridad con esos lugares le facilita la comprensión del sitio nuevo que haya de inspeccionar, dado que los oteros, los valles, las llanuras, los ríos y las ciénagas existentes, por ejemplo, en Toscana, guardan cierto parecido con los de otras regiones, hasta el punto que el conocimiento del relieve de una región facilita conocer el de las demás. El príncipe al que faltan tales pericias está falto de lo primero con lo que quiere hacerse todo capitán, pues enseñan a dar con el enemigo, hallar dónde acampar, conducir los ejércitos, planear la batalla y asediar las ciudades con ventaja para ti.

Entre las diversas alabanzas que los historiadores han prodigado a Filipónenes, príncipe de los aqueos, está la de que durante los períodos de paz tenía siempre la mente puesta en cómo hacer la guerra; cuando salía al campo con los amigos, frecuentemente se detenía a discutir con ellos: «Si el enemigo estuviera en aquella colina y nosotros aquí, con nuestro ejército, ¿cuál de nosotros estaría en ventaja? ¿Cómo se podría salir a su encuentro ordenadamente? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo lo haríamos? Y si se retirasen ellos, ¿cómo los seguiríamos?». Mientras caminaban, pasaba revista a todas las situaciones en las que podría hallarse un ejército; escuchaba sus opiniones, daba la suya, y la corroboraba con razonamientos. Así, merced a esas continuas reflexiones, no podía surgir, estando al frente de su ejércitos, imprevisto alguno para el que no tuviera remedio.

Respecto a lo de ejercitar la mente, debe el príncipe leer historia, poniendo atención a las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias y derrotas, a fin de evitar éstas e imitar aquéllas. Y, sobre todo, hacer como ya hicieron ciertos grandes hombres: imitar a quien, antes que él, fue digno de alabanza y de gloria, teniendo siempre en la mente su temple y su modo de actuar; como se dice que hicieron Alejandro de Aquiles, César de Alejandro, Escipión de Ciro. Y cualquiera que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte,⁵⁸ reconoc-

⁵⁸ *La Ciropedia*.

rá luego cuánta gloria le deparó a Escipión imitarla, y cuánto de la castidad, afabilidad, humanidad y liberalidad de éste se ajustaba a las descritas por Jenofonte de aquél. Modos símiles a éstos debe observar el príncipe prudente, y nunca en los períodos de paz permanecer ocioso, sino con diligencia hacer tesoro de ellos para poder utilizarlos en los momentos adversos, de forma que cuando varíe la fortuna lo halle en disposición de afrontarla.

CAPÍTULO XV

*De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes,
son alabados o vituperados⁵⁹*

Nos queda ahora por ver cuáles deban ser los modos de proceder y actuar de un príncipe en relación con sus súbditos y aliados. Y como sé que son muchos los que han escrito al respecto, temo al escribir ahora yo que se me tome por presuntuoso, máxime cuando, al discurrir sobre tales asuntos, me alejo de los planteamientos de los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, he considerado más apropiado ir directamente a la verdad objetiva de los hechos, que a su imaginaria representación. Pues, muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente, y está tan lejos el cómo se vive del cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace en aras de lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su conservación; y es que un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno, acabará hundiéndose entre tantos que no lo son. De ahí que un príncipe que se quiera mantener necesite aprender a ser no bueno, y a hacer uso de ello o no, dependiendo de la necesidad.

Prescindiendo, por tanto, de las cosas imaginadas en relación con un príncipe, y discuriendo sobre las verdaderas, afirmo que a todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en especial a los príncipes por estar en lo más alto, se los caracteriza por algunas de las siguientes propiedades, en grado de procurarles reproches o alabanzas, a saber: a uno se lo tiene por liberal, a otro por tacaño (me valgo de un término toscano, porque *avaro* en nuestra lengua es quien desea acumular mediante rapiña, mientras *tacaño* es quien se pasa en no usar lo suyo); a uno se le tiene por desprendido, a otro, por rapaz; a uno por cruel, a otro, por clemente; a uno por traidor, a otro, por leal; a uno

⁵⁹ *De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur*

por afeminado y pusilánime, a otro, por fiero y valeroso; a uno, por humano, a otro, por soberbio; a uno por lascivo, a otro, por casto; a uno por íntegro, a otro, por desleal; a uno por rígido, a otro, por flexible; a uno por grave, a otro, por frívolo; a uno por devoto, a otro, por incrédulo, y así.

Sé que todo el mundo reconocerá que sería cosa harto laudable que un príncipe reuniese de entre las cualidades citadas las que son tenidas por buenas; pero, puesto que no se pueden tener ni observar enteramente, dado que las condiciones humanas lo impiden, necesita aquél ser tan prudente como para evitar incurrir en los vicios que lo privarían del Estado, y preservarse de los que no se lo quiten mientras ello sea posible; mas cuando no lo sea, cabe actuar con menor comedimiento. Y no le preocupe entonces la fama que da el practicar los vicios sin los que la salvaguardia del Estado es imposible, pues si se considera todo debidamente, se hallará algo que parecerá virtud, pero que al seguirlo provocará su ruina, y algo que parecerá vicio, pero que al seguirlo le procura seguridad y bienestar.

CAPÍTULO XVI

*De la liberalidad y la parsimonia*⁶⁰

Comenzando, por tanto, por las primeras cualidades mencionadas, sostengo que sería bueno ser tenido por liberal; empero, la liberalidad, usada en modo que tal se te considere, te perjudica, pues de usarla de manera virtuosa y como es debido pasa desapercibida, y no lograrás sacudirte la infamia de pasar por lo contrario. Y, por tanto, un príncipe que desee tener fama de liberal entre los hombres se verá obligado a no dejar de lado ninguno de los atributos de la suntuosidad, lo que llevará a príncipe semejante a consumir en obras de tal guisa el conjunto de su patrimonio. Al final, si desea preservar la fama de liberal, se verá obligado a imponer tributos extraordinarios a su pueblo, aumentar el fisco y llevar a cabo todo cuanto sea menester para recabar más dinero. Y ello empezará a hacerlo más odioso ante los súbditos, y que pierda la estima de todos, lo que le convertirá en pobre. De manera que, al perjudicar con su liberalidad a los muchos y beneficiar a unos pocos, se resentirá ante el primer inconveniente y correrá peligro a la menor ocasión de riesgo; cosa esta que, una vez la advierta y quiera hacer marcha atrás, lo hará ser tachado inmediatamente de tacaño.

No pudiendo, por tanto, un príncipe poner en práctica la virtud de la liberalidad sin perjuicio suyo cuando se vuelve manifiesta, debe, si es prudente, no preocuparse de que se le tache de tacaño, porque con el tiempo se le considerará cada vez más liberal, al constatarse que, merced a su parsimonia, le son suficientes su ingresos, puede defenderse de quien le hace la guerra y puede emprender actividades sin gravar a su pueblo; de modo que llega a hacer uso de la liberalidad con todos aquellos a los que nada quita, que son muchísimos, y de la tacañería con todos aquellos a los que no da, que son pocos. En nuestros días hemos visto hacer grandes cosas sólo a los que han sido reputados

⁶⁰ *De liberalitate et parsimonia*

de tacaños; los otros, quedaron extinguidos. El papa Julio II, que se sirvió de su fama de liberal para acceder al papado, no pensó luego en mantenerla a fin de poder hacer la guerra. El actual rey de Francia⁶¹ ha llevado a cabo tantas guerras sin imponer ninguna contribución extraordinaria a los suyos merced a la parsimonia con la que gestiona los gastos superfluos. El actual rey de España,⁶² de haber sido considerado liberal, no habría realizado ni ganado tantas empresas.

Así pues, un príncipe que quiera no robar a sus súbditos, estar en grado de defenderse, no terminar siendo pobre y despreciado, no verse obligado a convertirse en rapaz, no debe preocuparse en demasía de que se le tache de tacaño, porque es ése uno de los vicios que le permiten reinar. Y si alguien objetara que César se hizo con el poder gracias a su liberalidad, o que otros muchos, por haber sido y ser tenidos por liberales, accedieron a los más altos rangos, aduzco: o eres ya príncipe o estás en camino de serlo; en el primer caso, dicha liberalidad es perjudicial; en el segundo, es obligado ser tenido por liberal. Y César era uno de los que quería acceder al principado de Roma; mas si una vez llegado hubiera sobrevivido, y no hubiese moderado aquellos gastos, habría destruido tal poder. Y si se replicase que muchos han sido los príncipes que han llevado a cabo grandes empresas con sus ejércitos, a los que, sin embargo, se les tenía por liberales, te respondo: o el príncipe gasta de lo suyo y de sus súbditos o gasta lo de otros; en el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe omitir medida alguna de la liberalidad. Y el príncipe que está en campaña con sus ejércitos, que se nutre de botines, saqueos y tributos, maneja lo de otros, por lo que es menester que se muestre liberal, so pena de abandono por parte de sus soldados. Y de lo que no es ni tuyo ni de tus súbditos se puede ser generoso dispensador, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, pues gastar lo de otros no te quita reputación, sino que te la aumenta: gastar lo tuyo es lo único que te perjudica. Y no hay nada que se consuma a sí misma como la liberalidad, pues vas perdiendo la capacidad de usarla a medida que la usas, volviéndote pobre o despreciable, o bien, por huir de la pobreza, rapaz y odioso. Y de entre todas las cosas, lo que más debe evitar un príncipe es granjearse el desprecio y el odio, aquello precisamente a lo que la liberalidad te conduce. Hay, pues, más prudencia en el ser tenido por tacaño, que genera deshonor sin odio, que por desear fama de liberal verse obligado a ser tachado de rapaz, que genera una deshonor con odio.

⁶¹ Luis XII.

⁶² Fernando el Católico.

CAPÍTULO XVII

*De la crueldad y de la clemencia, y de si es mejor ser amado
que temido o viceversa*⁶³

Prosiguiendo hacia las demás propiedades antedichas, afirmo que todo príncipe debe desear que se lo tenga por clemente y no por cruel, si bien debe estar atento a no hacer mal uso de dicha clemencia. A César Borgia se lo tenía por cruel; empero, esa su crueldad había reordenado la Romaña, unido y devuelto la paz y la lealtad. Si bien se considera todo eso, más clemente aparecerá que el pueblo florentino, que por rehuir la fama de cruel consintió la destrucción de Pistoia. No debe a un príncipe, por tanto, serle de preocupación que se lo repunte de cruel por mantener unidos y leales a sus súbditos, pues con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que quienes, por excesiva clemencia, dejan proseguir los desórdenes, y con ellos, los asesinatos y rapiñas a que dan lugar; y es que éstos suelen perjudicar al pueblo en su conjunto, en tanto que las ejecuciones ordenadas por el príncipe sólo perjudican a algún particular.

Entre todos los príncipes, es al príncipe nuevo al que resulta imposible evitar que se le tache de cruel, al ser los Estados nuevos focos de peligros, pues como dijo Virgilio por boca de Dido:

*Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et late fines custode tueri.*⁶⁴

Con todo, debe ser ponderado en sus opiniones y actuaciones, no suscitar temores infundados, y proceder en manera temperada, con

⁶³ *De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, vel e contra*

⁶⁴ «La difícil situación y la novedad del reino me constriñen a usar tales medidas y a vigilar sin descanso sus fronteras.» (Virgilio, *Eneida*, I, vv. 562-563.)

prudencia y humanidad, para que la excesiva confianza no lo vuelva incauto, y la desconfianza excesiva, insoportable.

Surge de aquí un dilema, a saber: si es mejor ser amado que temido o al contrario. Al que se responde que lo mejor sería una y otra cosa a un mismo tiempo, pero que al ser difíciles de conciliar, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos; y que mientras los tratas bien son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije,⁶⁵ más siempre y cuando no los necesites; pero cuando es así, se dan media vuelta. Entonces, el príncipe que ha dado crédito a sus palabras, omitiendo ulteriores preparativos, se hunde; porque las lealtades que se obtienen por un precio, y no por grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y cuando llega el momento no se las puede gastar. Y los hombres tienen menos miramientos para perjudicar a quien se hace amar que a quien se hace temer, porque el amor se mantiene merced al vínculo de la obligación, que la mezquindad de los hombres rompe siempre que está en juego la propia utilidad, en tanto al temor lo mantiene el miedo al castigo, del que nunca te logras desprender. No obstante, debe un príncipe hacerse temer de manera que, si no obtiene amor, consiga rehuir el odio, por resultar enteramente compatible el ser temido con el no ser odiado; cosa esa que conseguirá cuando se quede al margen de los bienes de sus ciudadanos y súbditos, y de sus mujeres. Y aun si le fuere necesario proceder a ejecutar a alguien, siempre que haya justificación suficiente y causa manifiesta para hacerlo. Mas por encima de todo, debe abstenerse de los bienes ajenos, pues los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Por lo demás, los motivos para arrebatar los bienes nunca dejan de estar presentes, y quien empieza a vivir de la rapiña, siempre hallará motivo para apoderarse de lo de los otros; en cambio, los motivos para matar son siempre más raros, y faltan con mayor facilidad.

Ahora bien, si el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a una multitud de soldados, le es imprescindible pasar por alto la fama de cruel, pues sin ella nunca se mantendrá unido a un ejército, ni predispuesto para la acción. Entre los admirables logros de Aníbal se cuenta precisamente ese, que pese a disponer de un ejército numerosísimo, en el que se mezclaba un sinfín de clases de

⁶⁵ En el capítulo ix.

hombres, llevado a la guerra a tierra extranjera nunca surgiese en él disensión alguna, ni entre ellos ni contra el príncipe, tanto cuando la suerte le era favorable como adversa. Lo que sólo pudo surgir de aquella inhumana crueldad suya, que, unida a sus infinitas virtudes, lo hizo aparecer siempre ante sus soldados venerable y terrible; para lo cual, sin ella, sus restantes virtudes no habrían surtido efecto. Los historiadores demasiado aprensivos, por una parte, admiran esa obra suya, por otra, condenan la principal causa de la misma.

Que sus restantes virtudes no habrían bastado puede comprobarse en Escipión,⁶⁶ personaje de excepción no sólo en su época, sino en todas las demás, contra el que se rebelaron sus ejércitos en España,⁶⁷ lo que no se debió sino a su excesiva clemencia, que sus soldados aprovecharon para una vida más licenciosa que la conveniente a la disciplina militar. Por ello fue recriminado por Fabio Máximo en el Senado, que lo llamó corruptor del ejército romano. Además, un legado suyo destruyó la ciudad de los locrios, pero él ni llevó a cabo su venganza ni castigó la insolencia de aquél, y todo por esa blandura que le era connatural; hasta tal punto que, queriéndolo excusar, alguien en el Senado dijo que eran muchos los hombres para los que era más fácil no errar que corregir los errores. Su naturaleza habría acabado mancillando con el tiempo la fama y la gloria de Escipión si, mientras ejercía el poder, hubiera perseverado en ella; mas al actuar bajo las órdenes del Senado, ese nocivo rasgo suyo no sólo quedó oculto, sino que aumentó su gloria.

Volviendo a lo de ser temido y amado, concluyo que, puesto que los hombres aman por voluntad propia, y temen por voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe fundarse en lo que es suyo, y no en lo que es de otros. Debe únicamente ingeniárselas, según se ha dicho, en evitar el odio.

⁶⁶ Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal.

⁶⁷ En el año 206 a.C.

CAPÍTULO XVIII

*De qué modo deben los príncipes mantener su palabra*⁶⁸

Cuán loable es que un príncipe mantenga su palabra y viva con integridad y no con astucia, todo el mundo lo entiende; empero, la experiencia muestra cómo en nuestros días han sido los príncipes que han sido poco fieles a la misma, y sabido con astucia enredar las cabezas de los hombres, quienes han llevado a cabo las mayores empresas, y dejado finalmente atrás a los que mantuvieron la lealtad.

Debéis, pues, saber que hay dos modalidades de combate: con las leyes, uno; con la fuerza, el otro. La primera es propia del hombre, la segunda, de las bestias; mas al no ser a menudo suficiente la primera, es menester recurrir a la segunda. Un príncipe requiere, por tanto, saber usar bien de la bestia y del hombre. Eso es lo que de manera solapada enseñaron los autores antiguos, al afirmar cómo Aquiles y otros muchos príncipes de la Antigüedad les fueron confiados al centauro Quirón para que los educase y sometiera a su disciplina. Y tener como preceptor a alguien mitad hombre mitad bestia no significa sino que un príncipe necesita saber hacer uso de una y otra naturalezas, y que la una no dura sin la otra.

Así pues, necesitando un príncipe saber hacer buen uso de la bestia, debe entre todas secundar a la zorra y al león, porque el león no se defiende de las trampas, ni la zorra de los lobos. Requiere, por tanto, ser zorra para reconocer las trampas, y león para amedrentar a los lobos. Los que sólo hacen de león, no saben lo que hacen. No puede, en suma, ni debe, un señor prudente mantener su promesa cuando el hacerlo se le vuelve en contra, y han desaparecido las razones que le llevaron a hacerla. Si los hombres fuesen todos buenos, precepto semejante no sería recto, pero dado que son malvados y no

⁶⁸ *Quomodo lides a principibus sit servanda*

la mantendrían contigo, tampoco tú tienes por qué respetarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para adobar la inobservancia; cabría aducir al respecto una infinidad de ejemplos modernos, y mostrar cuántas paces, cuántas promesas han terminado siendo inútiles y vanas a causa de la deslealtad de los príncipes, siendo el que mejor ha sabido actuar como la zorra el que ha salido mejor parado. Pero es menester saber adobar bien dicha naturaleza, y ser un gran simulador y disimulador: son tan simples los hombres, y ceden hasta tal punto ante las necesidades inmediatas, que siempre el que engañe dará con el que se deje engañar.

Al respecto, no quisiera pasar por alto uno de los ejemplos recientes. Alejandro VI jamás hizo nada, ni pensó jamás en nada, que no fuese engañar a los hombres, y siempre encontró pretexto para poder hacerlo. Y nunca hubo hombre alguno más rotundo en el dar garantías, ni que con mayores juramentos afirmase algo y lo cumplierse menos; sin embargo, sus engaños le salieron siempre a la medida de sus deseos, pues era buen conocedor de este aspecto de la realidad.

Así pues, un príncipe no tiene por qué poseer todas las propiedades antedichas, pero sí es del todo necesario que parezca poseerlas. Más aún, hasta me atrevo a decir que, si las tuviera y observara siempre, le serán perjudiciales, mientras que si aparenta tenerlas le son útiles; por ejemplo, parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo; pero con el ánimo predispuesto a que, en caso de necesidad, puedas y sepas convertirte en lo contrario. Y se ha de tener presente lo siguiente: que un príncipe, máxime si se trata de un príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas cualidades por las que se reputa a los hombres de buenos, pues con frecuencia se requiere, para mantener el Estado, obrar contra la lealtad, contra la compasión, contra la humanidad, contra la religión. Por ello necesita tener un ánimo dispuesto a girar a tenor del viento y de las mutaciones de la fortuna, y, como dije antes, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal, de necesitarlo.

Debe, por tanto, un príncipe preocuparse porque nunca salga de su boca nada que no destile las antedichas cinco cualidades, y parezca, cuando se le ve o se le oye, todo clemencia, todo lealtad, todo integridad, todo religión. Siendo esta última la que más de todas debe aparentar tener, pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, pues ver es de todos, mientras que tocar es de pocos. Todos ven lo que pareces, pocos tocan lo que eres, y esos pocos no se atreverán a enfrentarse a la opinión de los muchos, que

tienen además la majestad del Estado de su parte. Y en las acciones de los hombres, y más aún en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que recurrir, lo que cuenta es el fin. Trate, por tanto, un príncipe de vencer y conservar el Estado: los medios siempre serán juzgados honrosos y encomiados por todos, pues el vulgo siempre se deja llevar por la apariencia y el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo, careciendo los pocos de sitio donde la mayoría tiene donde apoyarse. Un príncipe de nuestros días,⁶⁹ al que no es bueno nombrar, jamás predica otra cosa sino paz y lealtad, siendo total enemigo tanto de la una como de la otra; y si hubiese observado una o la otra, lo habrían privado más de una vez de la reputación o del Estado.

⁶⁹ Nueva alusión a Fernando el Católico.

CAPÍTULO XIX

De qué modo se deba evitar el desprecio o el odio⁷⁰

Dado que ya he hablado de las más importantes de las propiedades mencionadas anteriormente, voy a examinar las restantes de manera más breve, al hilo de la máxima siguiente: que el príncipe se cuide, como en parte ya se dijo,⁷¹ de evitar todo aquello que le genere odio o desprecio. Siempre que lo consiga habrá hecho su parte, y ninguna otra infamia supondrá peligro alguno para él.

Odioso, como dije, lo vuelve, sobre todo, el ser rapaz y usurpador de los bienes y las mujeres de sus súbditos, de lo cual debe abstenerse. Y cuando a la generalidad de los hombres no se les priva ni de sus bienes ni de su honor, éstos viven contentos, y lo único que queda por combatir es la ambición de unos pocos, que es fácil de contener y en diversos modos. Despreciable lo vuelve el que se le considere voluble, frívolo, pusilánime, inseguro; de ello el príncipe se debe guardar como de un escollo, e ingeniárselas para que en sus acciones se perciba nobleza, coraje, gravedad y fortaleza; debe en los pleitos privados de sus súbditos hacer notar que su sentencia es irrevocable, y mantener su compostura a fin de que nadie piense en engañarlo o embaucarlo.

El príncipe que da de sí dicha imagen adquiere gran reputación, y contra quien la tiene, difícilmente se urden conjuras, difícilmente se le ataca cuando se percibe su cualidad de eminente y de reverenciado por los suyos. Porque un príncipe debe temer dos cosas: una interna, proveniente de sus súbditos; la otra externa, proveniente de potentados extranjeros. De ésta se defiende con buenas armas y aliados leales, y éstos lo serán siempre que las armas sean buenas. Y siempre se mantendrán calmas las cosas de dentro cuando lo estén las

⁷⁰ *De contemptu et odio fugiendo*

⁷¹ En los capítulos xvi y xvii.

de fuera, a menos que las haya perturbado alguna conjura en curso; y aún más: aunque se muevan las cosas de fuera, si se ha organizado y conducido como he dicho, siempre que no se deje ir hará frente a cualquier embate, como ya dije del espartano Nabis.

En relación con los súbditos, cuando las circunstancias externas permanecen en calma, no se han de temer conjuras secretas, frente a las que el príncipe se asegura de manera suficiente evitando que se le odie o desprecie, y ganándose la adhesión del pueblo, cosa ésta necesaria de lograr, como ampliamente dije antes.⁷² Uno de los más poderosos remedios en manos de un príncipe contra las conjuras es que el pueblo no lo odie; en efecto, el que conjura siempre cree dar satisfacción al pueblo con la muerte del príncipe, mas si cree perjudicarlo no se aventura con decisión semejante, pues los obstáculos que se interponen a los conjurados son infinitos. La experiencia muestra que muchas han sido las conjuras, y pocas las que tuvieron éxito, pues quien conjura no puede estar solo, ni procurarse más cómplices que los que cree descontentos; y tan pronto como descubres tus intenciones a un descontento le das ocasión de contentarse, pues claramente puede esperar toda suerte de gratificación: al ver la ganancia segura de una parte, y turbia y erizada de peligros la otra, por fuerza ha de ser un amigo singular, o enemigo declarado del príncipe, para serte leal. Por decirlo más brevemente: del lado de los conjurados no hay sino miedo, recelos, temor al castigo, lo que retrae; del lado del príncipe están la majestad del principado, las leyes, la protección que le brindan los amigos y el Estado; si a ello añadimos el afecto popular, nadie habrá tan temerario que trame una conjura, pues si de ordinario el conjurado ya teme la ejecución del delito, en este caso, con el pueblo por enemigo, debe seguir temiendo tras la comisión del magnicidio, al no poder esperar refugio alguno.

Al respecto podrían darse infinitos ejemplos, pero me contentaré con sólo uno, acaecido en época de nuestros padres. Micer Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual micer Aníbal y príncipe de Bolonia, fue asesinado⁷³ tras una conjura que los Canneschi tramaron contra él, dejando como único descendiente a micer Giovanni, en pañales por entonces. Empero, el pueblo se sublevó inmediatamente después del homicidio, y dio muerte a todos los Canneschi, lo cual se debió al afecto que a la casa de los Bentivoglio el pueblo profesaba; éste era

⁷² En el capítulo ix.

⁷³ En 1445.

tal que no quedando en Bolonia ningún miembro de la misma, una vez muerto Aníbal, en grado de administrar el Estado, y teniendo noticia de la existencia en Florencia de un descendiente de los Bentivoglio, hasta entonces considerado hijo de un herrero, se lo fue a buscar a Florencia desde Bolonia para poner en sus manos el gobierno de la ciudad, que fue gobernada por él hasta que micer Giovanni llegó a la edad adecuada para hacerlo.

Así pues, concluyo afirmando que un príncipe debe preocuparse poco de las conjuras en tanto el pueblo le profese afecto; mas si le fuere enemigo y lo odiasc, debe temer cualquier cosa y de todos. Los Estados bien ordenados y los príncipes prudentes han puesto la máxima diligencia en no desesperar a los notables y en dar satisfacción al pueblo y tenerlo contento, siendo ése uno de sus más importantes desempeños.

Entre los reinos bien ordenados y gobernados de nuestra época está el de Francia; proliferan en él las buenas instituciones de las que dependen la seguridad y libertad del rey, siendo la primera de todas el parlamento y su autoridad. Quien organizó aquel reino conocía, de un lado, la ambición e insolencia de los poderosos, y juzgaba necesario ponerles un freno en la boca que los contuviese; y, de otro, conocía el odio del pueblo contra los notables, basado en el miedo; deseando garantizar su seguridad, no quiso que la tarea recayese en el rey, a fin de aliviarlo del malestar que suscitaría en los notables si favoreciera al pueblo, o en el pueblo si favoreciera a los notables. De ahí que instituyera un tercer juez⁷⁴ que, sin responsabilidad para el rey, castigara a los notables y favoreciera a los pequeños. No cabe ordenación mejor ni más prudente, ni en grado de brindar mayor seguridad al rey y al reino. De aquí puede deducirse otra máxima importante: que los príncipes deben hacer ejecutar a otros las medidas de castigo y retener para sí mismos las de gracia. Concluyo repitiendo que un príncipe debe mostrar estima a los notables, pero no hacerse odiar por el pueblo.

Examinando la vida y la muerte de algún emperador romano, quizá parezca a muchos que haya ejemplos que desdican mi opinión, por hallarse quien, luego de haber vivido egregiamente y mostrar gran fuerza de ánimo, perdió sin embargo el imperio, o quien fue muerto por los suyos tras conjurarse contra él. A fin de responder a objeciones tales, procederé a examinar las cualidades de algunos emperadores y

⁷⁴ El parlamento de París.

mostrar las razones de su ruina, en coherencia con lo que antes aduje; asimismo, pondré de relieve los elementos destacables para quien lea sobre los hechos de aquellos tiempos. Me bastará con pasar revista a los emperadores que se sucedieron en el poder desde Marco, el filósofo, a Maximino,⁷⁵ esto es: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino.

Lo primero a tenerse en cuenta es que, si en los restantes principados tan sólo se ha de contender contra la ambición de los notables y la insolencia del pueblo, los emperadores romanos se las veían, además, con un tercer obstáculo: tener que soportar la crueldad y la codicia de los soldados, y ello presentaba dificultades tales que fue la razón del hundimiento de muchos. No era, en efecto, nada fácil satisfacer a los soldados y al pueblo, ya que éste quería tranquilidad, prefiriendo por ello príncipes moderados, mientras los soldados querían un príncipe de corte marcial, y que fuera osado, cruel y rapaz. Atributos esos que descaban ejercitara contra el pueblo, a fin de obtener doble soldada y satisfacer su codicia y su crueldad. Esto hizo que aquellos emperadores que, de manera natural o adquirida, no contaran con reputación suficiente como para embridar a unos y otros, terminaran hundiéndose. Y entre ellos, la mayoría, máxime si habían accedido al principado como hombres nuevos, sabiendo la dificultad de conciliar humores tan opuestos, se decidía por complacer a los soldados sin importarles gran cosa el ser injustos con el pueblo. Decisión esa adoptada por fuerza, pues cuando un príncipe no puede impedir que se le odie, debe lo primero esforzarse por no atraerse el odio del pueblo en su conjunto; pero cuando eso le resulta imposible, debe ingeniárselas con todas sus artes para evitar el odio de la parte más poderosa. De ahí que los emperadores que, por el hecho de ser nuevos, tenían necesidad de favores extraordinarios, optaban por los soldados en detrimento del pueblo, lo cual redundaba o no en beneficio suyo en función de si el príncipe sabía mantener su reputación entre aquéllos.

De las razones antedichas deriva que Marco, Pertinax y Alejandro, todos ellos de vida moderada, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, compasivos y benevolentes, tuvieron todos, a partir de Marco, un triste final. Tan sólo Marco vivió y murió colmado de honores, pues accedió al poder por derecho hereditario, sin deber por ello reconoci-

⁷⁵ Desde Marco Aurelio a Maximino, esto es, desde el año 161 al 238 d.C.

miento ni a los soldados ni al pueblo; adornado además de numerosas virtudes que lo hacían venerable, mientras vivió mantuvo siempre a ambas partes en equilibrio, sin ser nunca ni odiado ni despreciado. Pertinax, en cambio, fue hecho emperador en contra de la voluntad de sus soldados, quienes, habituados a vivir de manera licenciosa bajo Cómodo, no pudieron soportar esa vida honesta a la que aquél los quería reducir; así, habiéndose granjeado odio, y unido al mismo el desprecio que inspiraba su vejez, se hundió recién iniciado su gobierno.

Es menester señalar aquí que el odio se conquista tanto mediante las buenas obras como con las malas; por ello, como dije antes, un príncipe que quiera mantener el Estado se ve con frecuencia forzado a no ser bueno, pues cuando una de tales partes —el pueblo, los soldados o los notables—, que tú consideras necesaria para mantenerte, está corrompida te ves obligado a actuar a su aire para satisfacerla, y entonces las buenas obras te son enemigas.

Pero vayamos a Alejandro; fue tal su bondad que entre las diversas loas que se le dispensan se cuenta que en los catorce años que estuvo en el cargo a nadie dio muerte sin juicio previo; empero, se le consideraba afeminado y hombre que se dejaba gobernar por su madre, y cayó en el desprecio; razón por la cual el ejército conspiró contra él y le dio muerte.

Examinando ahora, en contraste, las cualidades de Cómodo, Severo, Antonino Caracalla y Maximino, los encontraréis en grado extremo crueles y rapaces. Todos ellos, con tal de dar satisfacción a los soldados, no omitieron injusticia de ningún tipo que contra el pueblo cupiera cometer; y todos, salvo Severo, tuvieron triste fin. Y es que hubo tanta virtud en Severo que al mantener la lealtad de los soldados, y pese a las cargas que imponía al pueblo, pudo reinar sin contratiempos; sus virtudes lo hacían a ojos de los soldados y del pueblo tan admirable que, por así decir, éste quedaba atónito y estupefacto, y aquéllos reverentes y satisfechos. Y dado que sus acciones fueron notables en un príncipe nuevo, deseo mostrar brevemente cuán hábilmente supo usar de la zorra y del león, cuyas naturalezas ya dije antes que un príncipe está obligado a imitar.

Conocedor Severo de la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército, del que estaba al mando en Eslavonia, de la conveniencia de marchar a Roma para vengar la muerte de Pertinax, muerto a manos de soldados pretorianos. Con tal pretexto, sin hacer manifiesta su aspiración al imperio, condujo a su ejército contra Roma, llegando a Italia antes de que se supiese de su partida. Llegado a Roma, el Sena-

do, atemorizado, lo eligió emperador y dio muerte a Juliano. Tras este comienzo, quedaban a Severo dos obstáculos si quería enseñorearse del Estado: uno en Asia, donde Nigro, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho aclamar emperador; el otro en Poniente, donde estaba Albino, también aspirante al imperio. Juzgando peligroso descubrirse enemigo de ambos, decidió atacar a Nigro y engañar a Albino; a éste le envió un escrito diciéndole que había sido elegido emperador por el Senado, pero que quería compartir dicha dignidad con él; le remitió el título de César, y por decisión del Senado se lo unió como colega; a todo ello dio crédito Albino. Pero una vez que Severo hubo vencido y dado muerte a Nigro, y puesto orden en los asuntos de Oriente, regresó a Roma y denunció ante el Senado cómo Albino, sin reconocer apenas los beneficios de él recibidos, había tratado de asesinarlo a traición, por lo que se veía obligado a castigar su ingratitude. Acto seguido fue a buscarlo a Francia, y le quitó el Estado y la vida.

Así pues, quien examine meticulosamente sus acciones lo hallará ferocísimo león y astutísima zorra, viendo en él a quien todo el mundo teme y respeta y los ejércitos no odian; y no le extrañará que aquél, hombre nuevo, haya podido tener tanto poder, pues su enorme reputación siempre lo defendió del presumible odio que en el pueblo, a causa de sus rapiñas, hubiera podido suscitar. También su hijo Antonino era hombre de cualidades excepcionales, que lo volvían maravilloso ante el pueblo y grato a los soldados: era un militar capaz de soportar cualquier fatiga, desdeñoso de todo alimento delicado y de cualquier forma de molicie, lo cual le atraía la adhesión de todos los ejércitos. No obstante, su feroz crueldad fue tanta, y tan inaudita (tras una infinidad de ejecuciones de particulares había acabado con la mayor parte del pueblo de Roma y con todo el de Alejandría), que se volvió odiosísimo a todo el mundo, y empezó a ser temido incluso por los que estaban a su alrededor, de modo que acabó asesinado por un centurión en medio de su ejército. Es de señalar que muertes de ese tipo, ejecutadas por decisión de un ánimo obcecado, los príncipes no las pueden evitar, pues todo aquel al que no preocupe morir los puede atacar, si bien el príncipe debe cuidarse poco de ellas, dada su rareza. Sólo debe guardarse de cometer una grave injusticia contra aquellos de cuyos servicios se vale, y que se mueven a su alrededor al servicio de su principado, como las cometía Antonino, quien ya había asesinado con ignominia al hermano del centurión aludido, al que además amenazaba a diario. Sin embargo, lo mantenía en su cuerpo de guardia, actitud temeraria esa susceptible de hacerle pagar con su vida, como en efecto ocurrió.

Mas vayamos a Cómodo, quien podía muy fácilmente mantener el imperio por haberlo recibido por derecho hereditario de su padre Marco; con sólo seguir las huellas del padre, habría gozado del favor de los soldados y el pueblo, pero de ánimo cruel y bestial, optó por atraerse a los soldados y permitirles toda licencia con tal de dar rienda suelta a su rapacidad entre el pueblo. Por otro lado, no mirando por su dignidad, descendía a menudo a la arena a combatir con los gladiadores, y acometía otras acciones de gran vileza e indignas de la majestad imperial, por lo que se volvió despreciable a ojos de los soldados. Odiado por una parte y despreciado por la otra, una conspiración acabó con su vida.

Nos quedan por referir las cualidades de Maximino, hombre belicoso donde los haya; los ejércitos, hartos de la molicie de Alejandro, de quien ya he hablado, a su muerte lo eligieron emperador. Poco tiempo duró en el cargo, pues dos cosas lo hicieron odioso y despreciable: una, la humildad extrema de su origen, ya que había guardado ovejas en Tracia (algo de sobra conocido por todos, que le había acarreado un gran desprecio); otra, porque al haber retrasado al inicio de su principado el traslado a Roma a fin de entrar en posesión de la sede imperial, el exceso de crueldad practicado por sus prefectos, en Roma como en los demás lugares del imperio, le había procurado fama de feroz. Al punto que, indignados todos por el desdén suscitado por su bajo origen y por el odio que su ferocidad temible inspiraba, se rebeló primero África, luego el Senado con todo el pueblo de Roma, e Italia entera conspiró contra él. A lo que se añadió su propio ejército, el cual, topándose con graves dificultades durante el asedio de Aquilea para expugnarla, hastiado de su crueldad y rebajado su temor al verlo con tantos enemigos, lo asesinó.

No deseo discurrir ni sobre Heliogábalo, ni sobre Macrino, ni sobre Juliano, quienes por ser completamente despreciables, pronto se extinguieron. Al contrario, paso a la conclusión del presente razonamiento, y afirmo que los príncipes de nuestra época tienen en su gobierno menor necesidad de dar satisfacción en modo no ordinario a sus soldados; y es que, a pesar de que se los deba tener en cierta consideración, el problema es fácilmente resoluble, por cuanto ninguno de los príncipes actuales posee ejércitos que estén arraigados en el gobierno y la administración de las provincias, como eran los ejércitos del Imperio romano. Por ello, si entonces era menester satisfacer más a los soldados que al pueblo, al ser su poder superior al de éste, hoy día es más necesario a cualquier príncipe, salvo al Turco

y al sultán,⁷⁶ dar satisfacción a los pueblos antes que a los soldados, al ser su poder superior al de éstos.

Hago excepción del Turco porque en torno a él hay doce mil infantes y quince mil jinetes de los que depende la seguridad y fortaleza del reino, y cuya lealtad ha de preservar necesariamente, más allá de cualquier otra consideración. De manera similar, también el sultán, cuyo reino está por completo en manos de los soldados, debe por fuerza conservárselos leales sin preocuparse por el pueblo. Y se ha de observar que el Estado del sultán es diferente de los demás principados, dada su similitud al pontificado cristiano, al que no cabe llamar ni principado hereditario ni principado nuevo, pues los hijos del antiguo príncipe no son herederos ni permanecen señores, sino que lo es el elegido para dicho cargo por quienes tienen autoridad. Al ser tal ordenación antigua, no puede tratarse de un principado nuevo, ya que no tienen lugar las dificultades propias de los principados nuevos: es nuevo el príncipe, cierto, mas las instituciones de dicho Estado son antiguas, y dispuestas a recibirlo como si fuera su señor hereditario.

Pero volvamos a nuestro asunto. Afirmando que quien considere la argumentación desarrollada hasta aquí verá en el odio o el desprecio la causa de la ruina de los emperadores mencionados, y sabrá también de dónde dimana el que, actuando unos de un modo y otros al contrario, en ambos casos uno de ellos tuvo buen fin y los demás, desdichado. Para Pertinax y Alejandro, en efecto, siendo príncipes nuevos, resultó inútil y perjudicial querer imitar a Marco, que obtuvo el principado por derecho hereditario; también para Caracalla, Cómodo y Maximino resultó nocivo imitar a Severo, al no tener virtud suficiente como para seguir sus huellas. Así pues, un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar las acciones de Marco, ni necesita tampoco seguir las de Severo; debe adoptar de las de Severo las necesarias para fundar un Estado, y de las de Marco, las convenientes y gloriosas para conservar un Estado ya establecido y asentado.

⁷⁶ Al sultán de Egipto.

CAPÍTULO XX

*Si las fortalezas y otras muchas cosas hechas cada día
por los príncipes son útiles o inútiles⁷⁷*

Algunos príncipes, para conservar el Estado de modo seguro, han desarmado a sus súbditos; otros han mantenido la división de las ciudades sometidas; algunos han alimentado disensiones contra ellos mismos; otros han optado por ganarse a quienes les resultaban sospechosos cuando accedieron al poder; unos han construido fortalezas; otros las han demolido y destruido. Y si bien no me es posible sobre todo ello dar una regla fija sin entrar en las particularidades del Estado en el que se haya de tomar alguna decisión semejante, hablaré empero con la generalidad que el tema en cuestión permite.

Ciertamente, jamás hubo príncipe nuevo que desarmase a sus súbditos; antes bien, cuando los ha encontrado desarmados siempre los ha armado; y es que al armarlos, dichas tropas se hacen tuyas, se vuelven leales los que te infunden sospechas y quienes ya lo eran lo siguen siendo, convirtiéndose de súbditos en partidarios tuyos. Y puesto que no se puede armar a todos los súbditos, al beneficiar a los que tú armas frente a los demás puedes moverte con mayor seguridad; y apercibiéndose de tu singular modo de tratarlos, se sienten obligados hacia ti; los otros te excusan, pues consideran necesario que obtengan más beneficios los más comprometidos con los peligros y las obligaciones.

En cambio, cuando los desarmas, los estás ya ofendiendo, manifiestas desconfianza hacia ellos o por cobardía o por deslealtad, y cualquiera de esas dos opiniones genera odio hacia ti. Y como no puedes estar desarmado, por fuerza has de recurrir a las tropas mercenarias, cuya naturaleza ya vimos cómo era;⁷⁸ y aunque fueran buenas,

⁷⁷ *An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia an inutilia sint*

⁷⁸ En el capítulo XIII.

no lo serían tanto como para defenderte de enemigos poderosos y de súbditos sospechosos. Por ello, según he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo siempre ha formado su ejército. De ejemplos así están llenas las historias.

Ahora bien, cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que como un miembro más se añada al ya suyo, entonces le es necesario desarmar tal Estado, salvo a quienes durante la conquista fueron partidarios suyos; e incluso a éstos, con el tiempo y oportunamente, tiene que volverlos blandos y afeminados, ordenándose de tal forma que todas las armas de tu Estado las empuñen tus propios soldados, es decir, aquellos que viven contigo en tu Estado de antes.

Solían decir nuestros mayores y los reputados de sabios que era menester conservar Pistoia con el odio de las facciones y Pisa con las fortalezas; alimentaban así las discordias en cada ciudad sometida, a fin de poseerlas con mayor facilidad. Eso, en los tiempos en los que por así decir había en Italia un cierto equilibrio, debía estar bien, pero no creo que hoy pueda servir de precepto, pues dudo mucho que las divisiones hagan jamás bien alguno; al revés, cuando el enemigo se aproxima con fuerzas, las ciudades divididas se perderán de inmediato, pues siempre la parte más débil se aliará a las fuerzas externas, y la otra tendrá que ceder.

Los venecianos, movidos, según creo, por dichas razones alentaban las facciones güelfas y gibelinas en las ciudades sometidas a su dominio, y si bien nunca permitían que corriera la sangre, alimentaban igualmente entre ellas las desavenencias, para que los ciudadanos, atareados en sus discordias, no se unieran contra ellos. Una práctica que, como se vio, no les daría resultado, pues derrotados en Vailate, parte de las mismas se llenó de arroyo y les arrebató la totalidad del Estado. Delatan, por tanto, procedimientos similares debilidad del príncipe, pues en un principado vigoroso jamás se permitirán tales divisiones, por cuanto únicamente lo benefician en tiempos de paz, al ayudar a manejar más fácilmente a los súbditos; mas llegada la guerra, dicho procedimiento muestra su debilidad.

Sin duda, los príncipes se hacen grandes cuando superan las adversidades y los obstáculos que se les interponen; por eso la fortuna, máxime cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, más necesitado de adquirir reputación que otro hereditario, hace que le surjan enemigos, obligándolo a medirse con ellos a fin de tener ocasión de superarlos, y por la escala que aquéllos le tienden, subir todavía más alto. De ahí que muchos piensen que un príncipe prudente debe,

cuando tenga ocasión, fomentarse astutamente alguna animosidad, para que cuando se sobreponga a la misma aumente su grandeza.

Los príncipes, y en particular los nuevos, han hallado más lealtad y utilidad en aquellos hombres a los que se tenía en sospecha al comienzo de su gobierno que en los que al principio se confiaba. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, regía su Estado apoyándose más en quienes le habían infundido sospechas que en los otros. Mas al respecto no cabe generalizar, pues cambia a tenor de la situación. Tan sólo diré que para un príncipe será siempre en extremo fácil ganarse a aquellos hombres que, enemigos al inicio del principado, necesitan de apoyos para mantenerse; tales hombres se ven más obligados a servirlo con lealtad al saber que precisan cancelar con hechos la adversa opinión que se tenía de ellos. Así es como el príncipe extrae mayor utilidad de ellos que de quienes, por su exceso de fidelidad, descuidan sus asuntos.

Y puesto que la materia lo pide, al príncipe que acaba de hacerse con un Estado merced al apoyo de sus habitantes no quiero pasar por alto el recordarle que examine a fondo la razón que ha movido a apoyarlo a quienes lo apoyaron. Y si no se trata de afeción natural hacia él, sino sólo de descontento con la situación precedente, con denuedo y gran dificultad podrá mantenérselos leales, habida cuenta de la imposibilidad de contentarlos. Y si examina atentamente, con los ejemplos que derivan de los hechos antiguos y modernos, las causas de todo eso, comprobará que le resulta mucho más fácil ganarse la lealtad de los hombres satisfechos con el Estado anterior y, en consecuencia, enemigos suyos, que la de quienes, por no estarlo, se hicieron partidarios suyos y lo ayudaron a ocuparlo.

En aras de una más segura conservación de su Estado, ha sido costumbre de los príncipes edificar fortalezas que sirvieran de brida y freno a quienes planeasen actuar contra ellos, y como refugio seguro ante un imprevisto ataque. Alabo tal proceder, en cuanto usado desde antiguo. No obstante, se ha visto en nuestros días a micer Niccoló Vitelli derribar dos fortalezas en Città di Castello para mantener dicho Estado. Guidobaldo, duque de Urbino, de regreso a sus dominios, de donde le expulsara César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas del citado territorio, juzgando que sin ellas volvería a perder el Estado menos fácilmente. Los Bentivoglio, tras su retorno a Bolonia, se sirvieron de medidas similares.

Las fortalezas, en suma, son útiles o no según las circunstancias, favoreciéndote a veces y perjudicándote otras. Al respecto, cabe ra-

zonar así: el príncipe que tenga mayor temor de su pueblo que de los extranjeros, debe construir fortalezas; pero el que tema más a los extranjeros que a su pueblo, debe dejarlas de lado. A la casa Sforza, el castillo edificado por Francesco Sforza en Milán ha dado y dará más ocasión de guerra que cualquier otro desorden en dicho Estado. De ahí que la mejor fortaleza posible sea no ser odiado por el pueblo, pues aunque tengas fortalezas, si el pueblo te odia, no te salvan: nunca faltan a los pueblos, una vez que han tomado las armas, foráneos que acudan en su auxilio. En nuestros días no se ve que hayan sido de provecho a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forlí tras el asesinato de su marido, el conde Girolamo:⁷⁹ gracias a su fortaleza pudo escapar al furor popular, esperar la ayuda de Milán y recuperar su Estado. En aquel entonces no era factible que un foráneo acudiese en auxilio del pueblo. Pero luego, de poco le valieron las fortalezas cuando César Borgia la atacó y el pueblo, enemigo suyo, se alió con los foráneos. Por lo tanto, entonces como antes, habría sido más seguro para ella que el pueblo no la odiase a tener fortalezas. Así pues, sopesado todo esto, alabaré tanto al que construya fortalezas como al que no, y censuraré a todo aquel que, fiando en ellas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

⁷⁹ Girolamo Riario.

CAPÍTULO XXI

*Qué conviene a un príncipe para ser estimado*⁸⁰

Nada eleva la estima de un príncipe como las grandes empresas y el dar de sí ejemplos singulares. En nuestros días tenemos el caso de Fernando de Aragón, actual rey de España, al que casi puede llamarse príncipe nuevo, pues su fama y su gloria han hecho del rey débil que era, el primer rey de los cristianos. Si tomáis en consideración sus acciones las hallaréis todas grandísimas y alguna, extraordinaria. Al comienzo de su reinado conquistó Granada,⁸¹ empresa que se convirtió en el fundamento de su poder. En primer lugar, la acometió libre de las restantes preocupaciones y sin tener obstáculo alguno delante; mantuvo centrados en ella los ánimos de los nobles de Castilla, y éstos, pensando en la guerra, dejaron de lado toda veleidad de cambio; mientras tanto, y sin que se apercibieran, su reputación y su poder aumentaban entre ellos. Con dinero de la Iglesia y del pueblo pudo sostener ejércitos, y aprovechar aquella larga guerra para echar los cimientos del suyo, el cual más tarde le procuraría mayor renombre. Además de eso, para lograr llevar a cabo empresas aún más ingentes, sirviéndose siempre de la religión, recurrió a una pía crueldad, y expulsó y expolió a los marranos⁸² de su reino: una acción mezquina y singular como pocas. Atacó bajo el mismo sayo África, llevó a cabo la campaña de Italia⁸³ y recientemente ha atacado a Francia;⁸⁴ de forma que siempre ha realizado y urdido grandes cosas que constantemente

⁸⁰ *Quod principem deceat ut egregius habeatur*

⁸¹ El reino musulmán de Granada fue conquistado en 1492.

⁸² Término con el que en España, desde el siglo xv hasta comienzos del xviii, se designaba despectivamente a los judíos que seguían practicando encubiertamente su religión. El término se difundió por otros países.

⁸³ Alusión a la conquista del reino de Nápoles.

⁸⁴ Alusión a la ocupación de Navarra.

han mantenido en vilo y asombrados los ánimos de sus súbditos, y atentos a su desenvolvimiento. Tales acciones se han sucedido tan en fila unas de otras que nunca dio ocasión a los hombres de poder obrar tranquilamente contra él.

Favorece asimismo mucho a un príncipe dar de sí ejemplos singulares al regir los asuntos internos (semejantes a los que se cuentan de micer Bernabò de Milán),⁸⁵ de modo que cuando en la vida civil se dé la ocasión de que alguien haga algo extraordinario, para bien o para mal, adopte un modo de premiarlo o castigarlo que dé mucho que hablar. Y sobre todo, un príncipe debe ingeniárselas para dar de sí, en cada una de sus acciones, fama de hombre grande y de ingenio excelente.

Se estima igualmente a un príncipe cuando es verdadero amigo y verdadero enemigo, es decir, cuando se alía sin ambages con uno en contra de otro. Decisión esa siempre más útil que permanecer neutral, pues si dos poderosos vecinos tuyos viniesen a las manos, puede ocurrir o que hayas de temer al posible vencedor, o que no. En ambos casos te será de mayor utilidad decidirte por un bando y luchar como se debe; en el primer caso, en efecto, si no lo haces serás siempre presa del vencedor, para regocijo y satisfacción del vencido, y no habrá razón ni expediente alguno que te defienda o te proteja. Y es que el vencedor no quiere amigos dubitativos que se retraigan en la adversidad; y el derrotado no te protege por no haber acudido tú, armas en mano, en apoyo de su suerte.

Llamado por los etolios, Antíoco había entrado en Grecia para expulsar a los romanos. Envió una legación a los aqueos, que eran amigos de los romanos, para instarlos a permanecer neutrales, mientras que, por su parte, los romanos los persuadían para combatir junto a ellos. El asunto fue sometido a deliberación en el consejo de los aqueos, donde el legado de Antíoco les instaba a permanecer neutrales, a lo que respondió el legado romano: *Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis.*⁸⁶

Siempre ocurrirá que el que no es amigo busque tu neutralidad, y que el que sí lo es te exija que tomes partido con las armas. Los príncipes indecisos, para evitar los peligros presentes, toman las más de las

⁸⁵ Bernabò Visconti (1319-1385).

⁸⁶ «En relación a lo que aquéllos dicen, a saber, que no os inmiscuyáis en la guerra, nada es más ajeno a vuestro interés: sin respeto ni dignidad, seréis premio del vencedor.» (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, xxxv, 49.)

veces la opción neutral, y las más de las veces se van a pique. En cambio, cuando valientemente el príncipe toma partido por uno de los bandos, si tu aliado resulta vencedor, por poderoso que fuere y aun quedando tú a su disposición, tiene contraída una obligación hacia ti, y hay afecto en la relación: y los hombres nunca son tan deshonestos como para, en craso ejemplo de ingratitud, ir en tu contra. Además, las victorias nunca son tan tajantes que el vencedor no haya nunca de albergar algún temor, máxime a la justicia. Y si fuera tu aliado el derrotado, siempre te dará amparo, y te ayudará mientras pueda, convirtiéndote en copartícipe de una fortuna en grado de resurgir.

En el segundo caso, cuando los que se enfrentan son de condición tal que no hayas de sentir temor, es aún más prudente tomar partido, pues contribuyes a hundir a uno con la ayuda de quien, si fuese prudente, lo debería salvar; y si resulta vencedor, quedará a tu discreción, siendo imposible que, con tu ayuda, no lo sea.

Cabe notar aquí que un príncipe debe reparar en no forjar una alianza con otro más poderoso que él al objeto de perjudicar a terceros, sino acuciado por la necesidad, como antes se dijo, pues si vence te conviertes en su rehén, y los príncipes deben evitar al máximo estar a discreción de otros. Los venecianos se aliaron con Francia contra el duque de Milán,⁸⁷ pudiendo haberlo evitado: el resultado fue su ruina. Pero si no se la puede evitar, como les sucedió a los florentinos cuando el papa y España atacaron la Lombardía⁸⁸ con sus ejércitos, el príncipe debe entonces aceptarla por las razones antedichas. Nunca crea un Estado tomar decisiones con total seguridad; piense más bien que siempre se hallará en terrenos movedizos, pues forma parte del orden de las cosas que siempre que se busque evitar un inconveniente acabe cayéndose en otro; mas la prudencia consiste en saber reconocer la índole de los inconvenientes, y adoptar el menos malo como bueno.

Debe igualmente un príncipe mostrar predilección por el talento, y conceder honores a quienes sobresalen en un arte. Junto a ello, debe velar por que sus ciudadanos ejerzan en paz sus oficios, tanto en el comercio, como en la agricultura o en cualquier otra actividad, sin temor a mejorar sus posesiones pensando en que le serán arrebatadas, o bien, a abrir un negocio por culpa de los impuestos. En lugar de eso, debe procurar recompensas a quien esté dispuesto a realizar tales menesteres, y a todo aquel que piense en engrandecer su ciudad o su

⁸⁷ En 1499.

⁸⁸ Durante la guerra de la Liga Santa.

Estado por el procedimiento que fuere. También debe, aparte de eso, entretener a la gente con fiestas y espectáculos en las fechas idóneas del año. Y puesto que toda ciudad se halla dividida en corporaciones o en barrios, debe tenerlos en consideración, reunirse con ellos cada cierto tiempo y dar de sí ejemplos de humanidad y munificencia, mas preservando siempre la majestad de su cargo, pues ésta ha de estar presente en toda circunstancia.

CAPÍTULO XXII

*De los secretarios de los príncipes*⁸⁹

No es asunto de poca monta para un príncipe la elección de sus ministros, que son buenos o no según la prudencia de aquél. La primera conjetura que se hace acerca de la inteligencia de un señor es a partir de los hombres de que se rodea; cuando son competentes y leales cabe reputarlo siempre de prudente, ya que ha sabido reconocer su competencia y preservar su lealtad. En cambio, cuando son de otra manera, siempre es posible hacerse una mala opinión de él, pues el primer error que comete lo comete en esta elección.

Nadie había que, conociendo a micer Antonio da Venafro⁹⁰ y saberlo ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no considerase a Pandolfo hombre de gran valía teniendo a aquél por ministro. Hay tres clases de inteligencia: una que comprende por sí misma; otra que discierne lo que otros comprenden, y una tercera que no comprende ni por sí misma ni por medio de los demás, siendo la primera eminente, la segunda excelente y la tercera inútil; de ahí que fuese por completo necesario que si la de Pandolfo no era del primer tipo lo fuera del segundo, pues siempre que alguien tiene talento para conocer lo bueno y malo que otro hace y dice, aunque de por sí no esté en grado de descubrirlo, reconoce las obras malas y buenas de su ministro, alabando éstas y enderezando aquéllas; así, el ministro, que no puede esperar engañarlo, se mantiene bueno.

Respecto de cómo pueda un príncipe reconocer al ministro, hay un método infalible: si tú ves al ministro pensar más en él que en ti, buscar beneficios para sí en cada una de sus acciones, un sujeto así nunca será buen ministro, nunca podrás confiar en él: y es que alguien que tiene en su

⁸⁹ *De his quos a secretis principes habent*

⁹⁰ Hábil y conocido jurisconsulto (1459-1530).

mano el poder del príncipe nunca debe pensar en sí, sino siempre en aquél, ni recordarle nada que no tenga que ver con lo suyo. Mas por otro lado el príncipe, para preservar su lealtad, debe pensar en su ministro, otorgarle honores, hacerlo rico, vincularlo a su persona, hacerlo partícipe de dignidades y cargos; para que así vea que no puede estar sin él, y que los abundantes honores no le hagan desear más honores, las abundantes riquezas no le hagan desear más riquezas, y que sus numerosos cargos le hagan temer toda mutación. Así pues, cuando los ministros y los príncipes en relación con los ministros actúan de ese modo, pueden confiar el uno en el otro; cuando sucede de otro modo, siempre habrá un mal final para uno o para el otro.

CAPÍTULO XXIII

De qué modo se ha de rehuir a los aduladores⁹¹

No quiero pasar por alto un punto importante, un error contra el que apenas si toman precauciones los príncipes, a menos que sean sumamente prudentes o hagan una buena elección. Me refiero a los aduladores, que en las cortes pululan; porque los hombres se regalan tanto con lo propio, engañándose por tanto, que difícilmente se protegen contra peste así; y cuando lo quieren hacer, corren el riesgo de volverse despreciables. Y es que no hay otro modo de guardarse de las adulaciones, sino que los hombres sepan que no te ofenden diciéndote la verdad; mas cuando todos pueden decirte la verdad, se te falta al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe seguir una tercera manera, esto es, elegir en su Estado a hombres juiciosos, los únicos a los que debe concederles la libertad de decirle la verdad, y sólo sobre aquello que él pregunta y nada más; debe, no obstante, preguntarles acerca de todo y escuchar sus opiniones, para luego decidir por sí mismo. Frente a tales consejos y consejeros debe comportarse de modo que todos sepan que, cuanto más libremente hablen, mejor recibidos serán; aparte de ellos, no escuchará a nadie, ejecutará la decisión tomada y la mantendrá con energía. Quien obra diversamente, o se hunde debido a los aduladores o cambia a menudo de opinión ante la diversidad de pareceres, de donde proviene el que se le estime en poco.

Deseo al respecto aducir un ejemplo de hoy. El padre Lucca,⁹² hombre del actual emperador Maximiliano, hablando de su majestad dijo que nunca pedía consejo a nadie, y que nunca hacía nada como quería, modo ése de actuar contrario al recién descrito. El emperador

⁹¹ *Quomodo adulatores sint fugiendi*

⁹² Lucca Rinaldi, hombre de confianza y diplomático del emperador Maximiliano, y también obispo de Trieste.

es, en efecto, un hombre reservado, que no participa sus designios a nadie ni escucha opinión alguna; pero como al ponerlos en práctica empiezan a revelarse, rápidamente son puestos en cuestión por quienes están en torno, y él, vacilante, se desdice de los mismos. De ahí deriva que las cosas que hace un día las destruya al siguiente, por lo que jamás se entiende qué quiere o planea hacer ni puede nadie basarse en sus decisiones.

Así pues, un príncipe debe siempre tomar consejo, mas cuando quiere él y no cuando otros quieren; debe incluso disuadir a los demás de que le den consejo sobre algo si no lo pide, si bien él debe preguntar continuamente, escuchando luego con paciencia la verdad sobre cuanto preguntó, o mejor aún: enfadarse cuando observe que alguien, por el motivo que sea, no se la dice. Muchos consideran que un príncipe que transmite de sí la imagen de prudente no lo deba a su talante natural, sino a los buenos consejos de quienes se rodea, mas se engañan; hay una regla infalible, a saber, que un príncipe que por sí mismo no sea prudente no puede ser bien aconsejado, a menos que fortuitamente delegue el entero gobierno en un solo hombre de gran prudencia. Un caso así podría darse, pero duraría poco, ya que dicho gobernador le arrebataría el Estado en poco tiempo; pero si tiene más de un consejero, un príncipe que no sea prudente jamás tendrá consejos coherentes, ni sabrá nunca unificarlos: los consejeros actuarán cada uno pensando en su provecho, y él no sabrá ni rectificarlos ni reconocerlo. Y no caben más casos, pues los hombres siempre te saldrán malos, a no ser que una necesidad los vuelva buenos. La conclusión, por tanto, es que los buenos consejos, provengan de quien provengan, nacerán de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

CAPÍTULO XXIV

*Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados*⁹³

La prudente observación de las reglas antedichas hace que un príncipe nuevo parezca antiguo, y le infundan de inmediato mayor seguridad y firmeza a su poder que si lo ostentara desde hace largo tiempo. Las acciones de un príncipe nuevo, en efecto, son observadas con más atención que las de uno hereditario, y si se las reputa virtuosas calan más hondamente en los hombres y los obligan a él más estrechamente que la antigüedad de la sangre. Ello se debe a que en los hombres ejercen más fuerza las cosas presentes que las pasadas, y si en las presentes hallan el bien, gozan de él sin pensar en más; mejor aún, correrán por completo en su defensa mientras en lo demás siga fiel a sí mismo. Su gloria será así doble, pues habrá instaurado un principado nuevo y adornado y fortalecido con buenas leyes, buenas armas, buenos aliados y buenos ejemplos; como es doble la vergüenza de quien, habiendo nacido príncipe, su escasa prudencia se lo hizo perder.

Quien medite sobre los señores que, en nuestros días, han perdido el Estado en Italia, como el rey de Nápoles,⁹⁴ el duque de Milán⁹⁵ y otros, descubrirá en ellos, en primer lugar, un defecto común en relación con sus tropas, por las razones ya expuestas;⁹⁶ luego, en alguno hallará que era enemigo del pueblo, o que si el pueblo le era leal, no se supo guardar de los notables: defectos esos sin los cuales no es posible perder Estados con tanta potencia como para mantener un ejército en campaña. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro sino quien

⁹³ *Cur Italiae principes regnum amiserunt*

⁹⁴ Federico de Aragón.

⁹⁵ Ludovico el Moro

⁹⁶ En los capítulos XIII y XIV.

fuera derrotado por Títo Quinto, no tenía un gran Estado en paragón con el de romanos y griegos, que le atacaron; sin embargo, como era un hombre de guerra y capaz de ganarse al pueblo y guardarse de los nobles, sostuvo varios años la guerra contra aquéllos; y aun cuando finalmente perdió el dominio de alguna ciudad, le quedó sin embargo el reino.

Por tanto, esos príncipes nuestros, que por muchos años habían mantenido sus principados para luego perderlos, que no acusen a la fortuna por ello, sino a su propia indolencia; pues al no haber pensado nunca durante los tiempos de paz que podía haber cambios (se trata de un defecto común entre los hombres el no hacer caso de la tempestad durante la bonanza), cuando después vinieron tiempos adversos pensaron en huir y no en defenderse, creyendo que el pueblo, hastiado de las afrentas de los vencedores, los volvería a llamar. Semejante decisión, cuando fallan las otras, es buena; pero es muy malo haber descuidado los restantes remedios por ése, pues uno nunca debería dejarse llevar por la esperanza de toparse con quien lo recoja. Cosa que o no sucede, o si sucede, no es para tu seguridad, por tratarse de una forma de defensa vil y no depender de ti. Tan sólo son buenas, tan sólo seguras y tan sólo duraderas las formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu virtud.

CAPÍTULO XXV

Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo se le puede hacer frente⁹⁷

No me es ajeno que muchos han sido y son de la opinión de que las cosas del mundo estén gobernadas por la fortuna y por Dios, al punto que los hombres, con toda su prudencia, no están en grado de corregirlas, o mejor, ni tienen siquiera remedio alguno. De ahí podrían deducir que no hay por qué poner demasiado empeño en cambiarlas, sino mejor dejar que nos gobierne el azar. Las grandes mutaciones que se han visto y ven a diario, más allá de toda conjetura humana, han dado más crédito a esa opinión en nuestra época.

Pensando yo en eso de vez en cuando, en parte me he inclinado hacia dicha opinión. Con todo, y a fin de preservar nuestro libre albedrío, juzgo que quizá sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deja para nosotros. Se me asemeja a uno de esos ríos torrenciales que, al enfurecerse, inundan los llanos, asuelan árboles y edificios, arrancan tierra de esta parte y se la llevan a aquélla: todos huyen a su vista, cada uno cede a su ímpetu sin que pueda refrenarlo lo más mínimo. Pero aunque sea esa su índole, ello no obsta para que, en los momentos de calma, los hombres no puedan precaverse mediante malecones y diques de forma que en próximas crecidas, las aguas discurrirían por un canal o su ímpetu no sería ni tan desenfrenado ni tan perjudicial.

Algo similar pasa con la fortuna: ésta muestra su potencia cuando no hay virtud organizada que se le oponga, y por tanto vuelve sus ímpetus hacia donde sabe que no se hicieron ni malecones ni diques para contenerla. Y si ahora concentráis vuestra atención en Italia, que es el escenario de todas esas transformaciones y la que las ha puesto en marcha, comprobaréis que se trata de un campo que carece de

⁹⁷ *Quantum fortuna in rebus humanis possit, et quomodo illi sit occurrendum*

malecones y de todo tipo de diques: y que de haberse protegido con adecuada virtud, como Alemania, España o Francia, o la inundación no habría producido esas grandes transformaciones o ni habría tenido siquiera lugar. Y con lo dicho quiero que baste respecto al hacer frente a la fortuna en general.

Pero limitándome más a los detalles, afirmo que se ve a príncipes prosperar hoy y arruinarse mañana sin haber cambiado su natural o sus cualidades, lo que creo derive, primero, de las razones tan largamente examinadas antes, a saber: que el príncipe que todo lo basa en la fortuna se hunde con el mutar de la misma. Creo además que prospere aquel cuyo proceder concuerda con la calidad de los tiempos, y que, de manera similar, caiga aquel que no actúe en consonancia con ella. En efecto, vemos que al perseguir sus fines respectivos, la gloria y las riquezas, los hombres se comportan de distinto modo: uno con precaución, el otro impetuosamente; uno con violencia, el otro con sagacidad; uno con paciencia, el otro al contrario; y cada uno, con esos diversos procedimientos, los puede obtener. También se ve que de dos personas precavidas, una logra su objetivo y la otra no; y, análogamente, a dos prosperar igualmente siguiendo métodos diversos, siendo el uno precavido y el otro impetuoso. Ello se debe a la calidad de los tiempos, que está en consonancia o no con su proceder. De aquí lo que ya dije, esto es, que dos que actúen diversamente produzcan el mismo efecto, y que de dos que actúan de igual modo, uno logra su objetivo y el otro no. De aquí igualmente lo diverso del resultado, pues si alguien se conduce con precaución y paciencia, y los tiempos y las cosas se mueven de forma que su proceder sea bueno, va prosperando; pero si los tiempos y las cosas mutan, se hunde, pues no varía su modo de obrar. Y no hay hombre tan prudente capaz de adaptarse a ello, sea porque no puede desviarse de aquello hacia lo que lo inclina su naturaleza, o sea porque al haber progresado siempre por una misma vía no se persuade de desviarse de ella. Así, el hombre precavido, al llegar el momento de volverse impetuoso, no sabe hacerlo, por lo que va a la ruina; en cambio, si se cambiase de naturaleza con los tiempos y las cosas, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II procedió en todas sus empresas de forma impetuosa, pero halló los tiempos y las cosas tan conformes a su modo de proceder que siempre le fue bien. Examinad la primera expedición que llevó a cabo contra Bolonia, en vida aún de micer Giovanni Bentivoglio; los venecianos la desaprobaban; el rey de España, también; con Francia estaba en tratos sobre la misma; empero, con la ferocidad

e ímpetu habituales, lanzó personalmente dicha expedición. Ese movimiento mantuvo indecisos y quietos a España y a los venecianos: a éstos, por miedo; al rey de España, por el deseo que tenía de recuperar todo el reino de Nápoles. Por otro lado, arrastró tras él al rey de Francia, pues al verlo el rey en acción, y deseando tenerlo como aliado para someter a los venecianos, consideró que no podía negarle sus tropas sin que ello no supusiera una ofensa manifiesta. Logró, por tanto, Julio con su impetuosa acción lo que jamás ningún otro pontífice habría conseguido con toda la prudencia humana, porque si para partir de Roma hubiese esperado a tener los acuerdos firmes y las demás cosas en su punto, como hubiera hecho cualquier otro pontífice, nunca lo habría conseguido: el rey de Francia, en efecto, habría puesto mil excusas y los otros, aducido mil temores. No quiero entrar en sus otras empresas, todas de parecido tenor, y todas saludadas por el éxito; la brevedad de su vida, además, no le ha consentido experimentar lo contrario, pues de haber venido tiempos en los que hubiera sido necesario proceder con precaución, habría sobrevenido su ruina, ya que nunca se apartaba de aquellos procedimientos a los que su natural le inclinaba.

Así pues, concluyo que, al mutar la fortuna y seguir apegados los hombres a su modo de proceder, prosperan mientras ambos concuerdan, y fracasan cuando no. Ésta es, por cierto, mi opinión: es mejor ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer y, es necesario, si se la quiere poseer, forzarla y golpearla. Y se ve que se deja someter más por éstos que por quienes fríamente proceden. Por ello, es siempre, como mujer, amiga de los jóvenes, pues éstos son menos cautos, más fieros y le dan órdenes con más audacia.

CAPÍTULO XXVI

*Exhortación a ponerse al mando de Italia y liberarla de los bárbaros*⁹⁸

Teniendo en cuenta, pues, todo lo examinado hasta aquí, y pensando para mí si en la Italia de hoy corrían tiempos de honrar a un nuevo príncipe, y si había materia que diese ocasión a uno prudente y virtuoso de introducir la forma que a él le procurara honor y bien a la totalidad de los hombres de Italia, me parece que la situación está tan a favor de un príncipe nuevo que difícilmente cabe encontrar época más idónea al respecto. Era necesario, como dije, que el pueblo de Israel estuviese esclavo en Egipto para percibir la virtud de Moisés, que los persas estuvieran sometidos por los medos para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los atenienses anduvieran dispersos para descubrir la excelencia de Teseo; de igual modo, en el presente, para conocer la virtud de un espíritu italiano era necesario que Italia se viera reducida a los términos en que lo está hoy día: más esclava que los judíos, más sierva que los persas, más dispersa que los atenienses, sin cabeza, sin orden, abatida, expoliada, lacerada, teatro de correrías y víctima de toda clase de devastación.

Y aunque hasta ahora se haya manifestado en alguno cierto destello por el que juzgar que había sido destinado por Dios para su redención, también se ha visto después cómo, en el momento cumbre de su actividad, era rechazado por la fortuna. De modo que, inerte, espera a quien le pueda sanar sus heridas, ponga fin a los saqueos de la Lombardía, a las exacciones en el reino de Nápoles y en la Toscana y la cure de sus llagas, desde hace tanto putrefactas. Se la ve rogar a Dios para que le envíe a alguien que la redima de tales crueldades y ultrajes bárbaros. Se la ve también por completo lista y dispuesta a seguir una bandera, con que haya uno que la enarbole. Y en el mo-

⁹⁸ *Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam*

mento presente no se ve en cuál esperar mejor que en vuestra ilustre casa, pues con su fortuna y su virtud, favorecida por Dios y por la Iglesia, de la que ahora es príncipe,⁹⁹ ¿cuál mejor para ponerse al frente de dicha redención? Lo que no supondrá mayor dificultad si ante vos tenéis las acciones y la vida de los que antes mencionara. Y si bien aquellos hombres fueron excepcionales y maravillosos, aun así fueron hombres, y la ocasión para cada uno de ellos fue inferior a la presente: su empresa, en efecto, no fue ni más justa que ésta ni más fácil, ni Dios le fue más propicio que a vos. Aquí la justicia es grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est.*¹⁰⁰ Aquí la disposición es máxima, y donde la disposición es grande no puede haber gran dificultad si vuestra casa adopta las instituciones de los que he propuesto por modelo. Aparte de esto, aquí se ven hechos extraordinarios, sin igual, obra del propio Dios: el mar se ha abierto, una nube ha indicado el camino, ha manado agua de la roca, aquí ha llovido maná. Todo ha concurrido a vuestra grandeza. Lo que falta lo debéis hacer vos. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío y la parte de gloria que nos incumbe.

No ha de extrañar si alguno de los italianos ya mencionados no ha podido llevar a cabo lo que sí cabe esperar de vuestra ilustre casa, y si tras tantas mutaciones habidas en Italia y tantas campañas de guerra, la virtud militar parece haberse extinguido en ella, esto se debe a que las antiguas instituciones ya no servían, y nadie ha habido que supiera dar con otras nuevas. Y eso que nada hay que dé tanto honor a un hombre nuevo que irrumpe cuanto las nuevas leyes y las nuevas instituciones establecidas por él. Estas cosas, cuando están bien fundadas y conllevan grandeza, hacen de él un hombre respetado y admirable. Y en Italia no falta materia en la que introducir cualquier forma. Aquí hay gran virtud en los miembros cuando de ella no están faltos los jefes. Observad en los duelos y en los combates entre pocos cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza e ingenio; mas cuando se trata de ejércitos, desaparecen. Y todo eso deriva de la debilidad de los jefes, pues los que están preparados no son obedecidos, y a todos les parece estarlo, sin que hasta el momento haya sabido encumbrarse alguno, por su virtud y su fuerza, frente

⁹⁹ Giovanni de Medici había accedido al papado en 1513, y tomó el nombre de León X.

¹⁰⁰ «En efecto, es justa la guerra cuando es necesaria, y piadosas las armas cuando sólo en ellas hay esperanza.» (Tito Livio, *op. cit.*, IX, 1.)

a los demás. He ahí por qué en tanto tiempo, con tantas guerras habidas en los últimos veinte años, cada vez que ha habido un ejército enteramente italiano el resultado ha sido negativo; de lo que es testigo, en primer lugar, el Taro; y más tarde Alejandría, Capua, Génova, Vailate, Bolonia y Mestre.

Así pues, de querer vuestra ilustre casa emular a aquellos hombres eminentes que redimieron a sus países, es necesario, antes que nada y como genuino fundamento de cualquier empresa, proveerse de un ejército propio, ya que no es posible tener soldados más fiables, más auténticos ni mejores. Y aunque cada uno de ellos sea bueno, todos juntos resultarán aún mejores en cuanto vean al mando a su príncipe y los honores y el apoyo que les dispensa. Es menester, por tanto, preparar dicho ejército para poder, con la virtud italiana, defenderse de los extranjeros. Y por muy temibles que sean consideradas las infanterías suiza y española, ambas presentan sin embargo defectos, por lo que un tercer tipo de organización militar podría no sólo hacerles frente, sino incluso confiar en vencerlas. Los españoles, en efecto, no están en grado de resistir a la caballería, y los suizos tienen en qué temer a la infantería cuando en el combate se las ven con otros tan tenaces como ellos. Por eso se ha visto, y la experiencia lo seguirá mostrando, que los españoles no pueden resistir a la caballería francesa, y a los suizos caer derrotados por la infantería española. Y si bien de esto último no tenemos completa experiencia, una muestra empero se ha podido observar en la batalla de Rávena, cuando la infantería española se enfrentó a los batallones germanos, que se despliegan del mismo modo que los suizos. Allí, los españoles, gracias a la agilidad de su cuerpo y con ayuda de sus broqueles, penetraron bajo las picas de los enemigos, seguros de malherirlos, ante la impotencia germana, y de no ser porque la caballería cargó contra ellos, habrían dado buena cuenta de todos. Conocido, por tanto, el punto débil de ambas infanterías, es posible organizar una nueva capaz de resistir a la caballería y sin miedo a otra infantería, lo cual se conseguirá con la creación de los ejércitos y el cambio en su organización. Son tales cosas de esas que, por la novedad de su reordenación, confieren reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No se debe, en suma, dejar pasar esta ocasión, a fin de que Italia, luego de tanto tiempo, vea a su redentor. No tengo palabras para expresar con qué amor sería recibido en todos los lugares que han padecido las invasiones extranjeras, con qué sed de venganza, con qué tenaz lealtad, con qué devoción, con qué lágrimas. ¿Qué puertas

se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia obstaculizaría su paso? ¿Qué italiano le negaría pleitesía? A todos apesta esta bárbara dominación. Asuma, pues, vuestra ilustre casa dicha tarea con el ánimo y la esperanza con que se asumen las empresas justas, a fin de que, bajo su enseña, esta patria resulte ennoblecida, y bajo sus auspicios se verifique aquel dicho de Petrarca:

La virtud contra el furor
empuñará las armas, y será el combate corto:
que el antiguo valor
en el corazón itálico aún no ha muerto.¹⁰¹

¹⁰¹ *Canzone Italia mia (Ai Signan d'Italia)*, vv. 93-96.